

LA FUERZA DE LA TRADICIÓN:
REPRESENTACIONES DEL ESTUDIANTE
EN LA NOVELA PICARESCA.

by

Javier Fernández del Páramo

A Thesis Submitted to the Faculty of
The Dorothy F. Schmidt College of Arts and Letters
In Partial Fulfillment of the Requirements for the Degree of
Master of Arts

Florida Atlantic University

Boca Raton, Florida

December 2008

Copyright by Javier Fernández del Páramo 2008

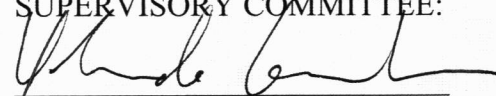
LA FUERZA DE LA TRADICIÓN: REPRESENTACIONES
DEL ESTUDIANTE EN LA NOVELA PICARESCA.

by

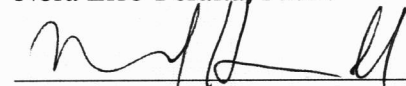
Javier Fernández del Páramo

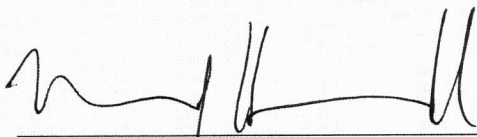
This thesis was prepared under the direction of the candidate's thesis advisor, Dr. Yolanda Gamboa, Department of Languages and Linguistics and Comparative Literature, and has been approved by the members of his supervisory committee. It was submitted to the faculty of the Dorothy F. Schmidt College of Arts and Letters and was accepted in partial fulfillment of the requirements for the degree of Master of Arts.


SUPERVISORY COMMITTEE:

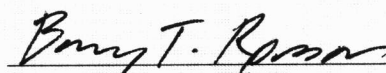

Yolanda Gamboa, Ph.D.
Thesis Advisor


Nora Erro-Peralta, Ph.D.


Michael Horswell, Ph.D.


Michael Horswell, Ph.D.
Chair, Department of Languages, Linguistics,
and Comparative Literature


Manjunath Pendakur, Ph.D.
Dean, The Dorothy F. Schmidt College of Arts and Letters


Barry T. Rosson, Ph.D.
Dean, Graduate College


Date

ACKNOWLEDGEMENTS

I would like to thank to my thesis advisor, Dr. Yolanda Gamboa, for her valuable help, support, and time, dedicated to this project and to my instruction during these past years. In addition, I would like to thank Dr. Michael Horswell and Dr. Nora Erro-Peralta, members of the supervisory committee of this thesis, for all the lessons, ideas, and discussions that have reshaped and upgraded my intellectual world. To all of you, *¡Gracias por aguantarme!*

I have to thank my father as well, Jesús Fernández Baño, for his invaluable help to find and obtain some of the books needed to do this thesis.

Last but not least, thanks to the Tuna Universitatis Ovetensis, who inspired me to write this thesis and who introduced me to the *estudiante pícaro*.

ABSTRACT

Author: Javier Fernández del Páramo
Title: La fuerza de la tradición: Representaciones del estudiante en la novela picaresca.
Institution: Florida Atlantic University
Thesis Advisor: Dr. Yolanda Gamboa
Degree: Master of Arts
Year: 2008

The genre of the “picaresque” (romances of roguery), which were popular in sixteenth-century Spain, contain the literary type of the “picaro” or rogue, which can appear at times as a “student.” The current work presents the historical context of the Spanish university and of the student’s life as well as the representation of the “student” in several picaresque novels, namely, Mateo Aleman’s El Guzman de Alfarache, Vicente Espinel’s Marcos de Obregón, Jerónimo de Alcalá y Yáñez’s El donoso hablador, and Francisco de Quevedo’s El Buscón, in order to contrast the social reality of the student and its literary representation.

The literary character of the “student” does not depart only from its reality. Its characteristics are based on the student stories from the oral medieval tradition, a residual cultural elements, as described by Maxime Chevalier, as well as the emerging picaresque narratives.

A mi madre, Ana Rosa, que siempre creyó en mí. A mi padre, Jesús, que me guía cada día con su ejemplo. Y a mi mujer, Kattia, y a mis hijos, Xana y Alexandro, por su constante cariño, apoyo y paciencia.

ÍNDICE

Índice de ilustraciones	vii
Introducción	
La figura del estudiante.....	1
Panorama histórico-social en el Siglo de Oro.....	7
La universidad barroca: El mundo del estudiante.....	26
Capítulo I: El estudiante en la cultura del Barroco.	
Representación del estudiante en la cultura.....	39
El estudiante y la novela picaresca	49
Capítulo II: La vida estudiantil en la picaresca.	
Motivos de la vida estudiantil en la picaresca	62
Vida de estudiante de Guzmán de Alfarache	88
Marcos de Obregón y el buen estudiante	93
Alonso, el mozo de estudiantes	99
El pícaro estudiante: Don Pablos, “el buscón.”.....	102
Conclusión	107
Notas.....	112
Obras citadas	117

ÍNDICE DE ILUSTRACIONES

Figura 1. “El estudiante de Salamanca” (1880) de Nicolás Megía Márquez (Morán, García y Cano 72).....	3
Figura 2. Portada de la primera edición de <u>La pícara Justina</u> (Parker <u>Pícaros</u> 32).	51
Figura 3. Imagen de estudiantes sopistas a la puerta de un convento. Grabado del “Romance del estudiante tunante, siglo XVII (Morán, García y Cano 30).	67
Figura 4. Imagen de estudiante manteísta (1777). Grabado de a la colección de Roberto Martínez del Río y reproducido en la página web del Museo Internacional del Estudiante. < http://www.museodelestudiante.com/Grabados/Manteista1(I).htm >.....	76
Figura 5. Capigorristas, tunos, por las calles al son de sus cantares y pidiendo limosna (Morán, García y Cano 62).	78
Figura 6. Disputa dialéctica de dos estudiantes gorriones de Luis Goñi (Morán, García y Cano 36).....	91

INTRODUCCIÓN

LA FIGURA DEL ESTUDIANTE.

Omitamus studia,
dulce est desipere,
et carpamus dulcia
juventuris tenerae.
Res est apta senectuti
seriis intendere.

Dejemos los estudios,
es dulce la desidia,
y aprovechemos las delicias
de la juventud.
Es propio de la vejez
dedicarse a cosas serias.
(Anónimo siglo XII)¹

Muy pocos son los que a la mención del término estudiante evoquen una imagen de sacrificio, recogimiento y aprendizaje. Por lo general el estudiante suele ser visto como un personaje vago y juerguista. El único rasgo fundamental que se repite en ambos casos es la juventud del estudiante. La figura del estudiante en su vida disoluta y desordenada aparece en el folklora europeo desde mucho antes de su plasmación en la literatura escrita. Un estudio del personaje estudiante y su contraste con la historia social nos permite dilucidar hasta qué punto la representación de éste es una mimesis de la realidad o por el contrario es una figura ficcional desligada de ésta. Esta diferenciación,

adquiere una vital importancia si tenemos en cuenta que “The picaresque novel is itself the single literary source of information on Spanish student life” (Moseley 329).

Como han sabido ver numerosos estudiosos de la figura del estudiante, la visión peyorativa del estudiante surge en toda Europa durante la Edad Media. En Europa como presenta Le Goff aparecen los goliardos: “aquellos intelectuales goliardos errantes, llamados vagabundos, bribones, juglares, bufones. Se dice que son bohemios, falsos estudiantes, mirados a veces con ojos enternecidos - la juventud ha de desahogarse- a veces con temor y desprecio, pues son turbadores del orden y por tanto, gente peligrosa” (39). Como indica Emilio de la Cruz Aguilar, el propio Menéndez Pidal se refiere a ellos en su libro Juglares y Poesía Juglaresca, aludiendo a su función de “escolares que practicaban música con más refinamiento que los juglares” y a como estos estudiantes eran, junto a juglares, mercaderes y frailes los personajes que con más frecuencia se podría encontrar el viajero (Tuna 1). Todas estas caracterizaciones vienen a presentar al estudiante itinerante, pobre, al que se conoce con el término de “sopista”, porque como sostiene García Mercadal, “veíaseles a la hora del yantar a la puerta de los conventos, esperando la distribución de escudillas de sopa” (156). Sin embargo, estos “sopistas” no son el total de la población estudiantil, sino que componen la condición más baja de un grupo social que abarca elementos de todo estamento. Siendo así, la heterogeneidad entre los estudiantes nos echa abajo la concepción peyorativa de todo estudiante, ya que las diferencias de clase determinarían unas necesidades y comportamientos diversos. Ni todos los estudiantes eran pillos, ni todos eran perfectos escolares.



Fig.1. Megía Márquez, Nicolás. “El estudiante de Salamanca” (1880)². (Morán, García y Cano 72).

Según indica Luis Cortés Vázquez, Gonzalo de Correas en su Vocabulario de refranes, escrito en 1627, nos presenta una declinación latina que resume todos los tópicos que la literatura de este siglo atribuye al estudiante: “Nominativo juego, genitivo taberna, dativo ramera, acusativo pobreza, vocativo ladrón, ablativo horca” (17). Sin embargo parece que en realidad la mayoría de los estudiantes no responden exactamente a esta descripción ya que hubo entre los estudiantes quienes estudiaron mucho y con

grandes sacrificios, como también nos muestra, aunque en contadas ocasiones, la literatura, como es el caso del licenciado Alonso Rodríguez Navarro en la Vida del escudero Marcos de Obregón (Espinel 143) del que ya hablaremos más adelante.

Hombres y mujeres de probada honradez y vida ejemplar estudiaron en la Universidad. Las personas más importantes de la España de este siglo pasaron por la Universidad y algunos dan cuenta del esfuerzo realizado como estudiante como es el caso de Martín Pérez de Ayala, arzobispo de Valencia: “Y así pasamos algunos días mal acomodados, con harto rigor de frío que aquel invierno hizo, que muchas veces, por ser el aposento bajo llegaba a tener los pies sin sentido ninguno...”³ (Cortés Vázquez 113).

Al analizar la literatura española del siglo XVII nos encontramos, tanto en el teatro como en la novela, con una serie de personajes tipo que se repiten con unas características determinadas. El estudiante es uno de estos personajes que se convierten en arquetipo literario y que mantiene siempre su condición de gracioso instruido, altanero, tracista, mujeriego y pobre. El arquetipo o imagen primordial del estudiante correspondería, como el psicólogo Carl Jung describe, con una figura “that constantly recurs in the course of history and appears wherever creative fantasy is freely expressed” (“Relation” 552). En el caso del estudiante se nos presenta representado en la cultura popular desde la Edad Media, como se puede ver en el ejemplo del epígrafe, o en el “Gaudeamus Igitur,” anónimo cantar golíardico del siglo XIII, e himno universitario, como un joven de vida licenciosa (Morán, García, y Cano 133). Para Jung la figura arquetípica representa más que el “inconsciente personal” del autor, una figura original del autor, una imagen impuesta en el subconsciente del autor por lo que él llama el

“inconsciente colectivo,” entendido éste como el conjunto de creencias y experiencias comunes dentro de la sociedad en la que vive el autor (“Relation” 552). En este caso del estudiante del siglo XVII, el personaje que se plasma en la literatura sería una recolección de la imagen que éste tenía entre la sociedad del momento.

Tomando en cuenta la importancia de las tradiciones y formas de pensamiento pasadas sobre la sociedad del siglo XVII, el primer objetivo de este trabajo es observar la figura del estudiante frente a su realidad social, buscando el origen de esta representación literaria lo que permitirá descubrir si el personaje ha sufrido alguna modificación en el tiempo como resultado de los cambios sociales producidos. Habría que investigar además si las características que la literatura asigna a la figura del estudiante corresponden con la realidad del momento, o si los testimonios literarios, como sucede muchas veces, nos presentan una imagen deformada al presentarnos como habitual lo que llama la atención de autores y público, precisamente, por su singularidad.

El estudiante si bien está representado en todos los géneros, tanto en el teatro, como en la poesía, aparece íntimamente ligado a la narrativa, y en especial al género picaresco. Numerosos críticos, como William Moseley o Joaquín Casaldueiro, destacan la importancia de este tipo de personajes en el género picaresco llegando incluso a apuntar, como ya se ha comentado, que la novela picaresca es uno de los medios más importantes para el conocimiento de la vida estudiantil en el Barroco (Moseley 329). Así pues, el segundo objetivo es mostrar a través del análisis y del cotejo de diferentes obras picarescas de principios del siglo XVII, la representación del estudiante en la narrativa, tratando de ver la transmutación o permanencia de los caracteres estudiantiles ya

existentes en la tradición oral, rastreando la relación del arquetipo estudiante pillo y del pícaro-estudiante, con la realidad histórica del estudiante. Para esto se emplearán la segunda parte del Guzmán de Alfarache (1602) de Mateo Alemán, la Vida del escudero Marcos de Obregón (1618) de Vicente Espinel, El donoso hablador (1626) de Jerónimo de Alcalá Yáñez y Rivera y El Buscón (1626) de Francisco de Quevedo, siendo éstas, las obras más famosas donde aparece la figura del estudiante. Este estudio combina un acercamiento histórico y social, la tradición popular y la teoría del género picaresco.

PANORAMA HISTÓRICO-SOCIAL EN EL SIGLO DE ORO.

Miré los muros de la patria mía,
Si un tiempo fuertes, ya desmoronados,
De la carrera de la edad cansados,
por quien caduca ya su valentía.
(Francisco de Quevedo.⁴)

Es evidente que, para conseguir una idea lo más precisa posible de este mundo estudiantil, es imprescindible la descripción, siquiera breve, de la sociedad, la economía y la política de esta época y de sus instituciones universitarias. Por esta razón se incluirá un pequeño resumen que permita entender el momento en el que aparecen estas obras, tratando también de aproximarme a su correspondiente “ambiente cultural.”

Como explica Enrique Dussel, Pitirin Sorokin establece una clara diferencia entre “la totalidad de todos los medios, las cosas materiales, biofísicas y las energías a través de las cuales su cultura ideológica es exteriorizada, solidificada y socializada, constituyen su cultura material”, lo que como Dussel clarifica para nosotros constituye la “civilización”, y *ethos* “la totalidad de sus acciones intencionales por medio de las cuales se manifiestan y se realizan las significaciones, los valores y las normas, forman la *cultura, su modo de comportamiento*”. Valores que como Dussel subraya “involucra, evidentemente, la posesión consciente (o inconsciente) de la significación de los valores que dichos gestos o comportamientos incluyen” (Dussel 25). Al presentar “lo cultural” por tanto se pretende mostrar las actitudes, la escala de valores, la mentalidad, etc.; es decir, la cultura como “*ethos*”.

La valoración que podemos hacer del siglo XVII español es, en principio, contradictoria. Mientras que en el terreno cultural España vive inmersa en el llamado “Siglo de Oro”, hasta aproximadamente 1680, lo que se traduce en un innegable esplendor literario y artístico, asistimos a una decadencia política, económica, demográfica e intelectual que convierte a la monarquía española de primera potencia mundial a simple comparsa de otras potencias emergentes. Especialmente importante es la situación de marginalidad del país en el terreno intelectual alejado de los importantes avances que se estaban produciendo en otros países de Europa.

Los pensadores españoles pasaron del orgullo de ser súbditos del mayor monarca del universo a la introspección, faltos de confianza en sí mismos, mientras la masa del país seguía los módulos conformistas de una religiosidad convencional y de un horizonte mental reacio a la idea de progreso (Molas 229)

Durante este siglo reinan en España los llamados Austrias Menores: Felipe III (1598-1621), Felipe IV (1621-1665) y Carlos II (1665-1700). Estos monarcas ponen en marcha un nuevo estilo de gobierno ya que, mientras que Felipe II había mantenido siempre a cierta distancia a los aristócratas y resuelto los asuntos más importantes contando casi exclusivamente con su único y propio consejo, ellos van a conceder a la aristocracia honores y cargos importantes y van a poner al gobierno en manos de sus consejeros. Los aristócratas vuelven al poder sustituyendo a quienes, como Antonio Pérez o Rodrigo Vázquez, habían subido desde una clase plebeya, a través de la burocracia, a los puestos de mando, pero siempre bajo la autoridad suprema del rey.

Es en este momento que aparecen los validos o favoritos gobernando en nombre del rey y liberándolo así de los asuntos diarios de la administración para que se dedique a ser sólo el símbolo del Estado. El favorito atrae sobre sí las quejas y protestas mientras el monarca permanece en su altura, siempre bondadoso y justiciero, pudiendo el pueblo acudir a él en última instancia cuando se siente sofocado por unas medidas que considera injustas o ilegales. Por eso las rebeliones populares de los siglos XVI al XIX se hacen al grito de “viva el rey y muera el mal gobierno”, disociando claramente los dos poderes. Los tres reyes mencionados, incapaces de gobernar, se convierten en meros instrumentos en manos de sus favoritos. Pero el verdadero problema de esta época no va a ser tanto el sistema de gobierno como la descarada avidez con que los validos y quienes les rodean se apropian de los caudales públicos, ejemplo que fue seguido en los distintos escalones de la administración y provocan una corrupción general de los burócratas españoles que alcanzó fama en toda Europa. Cualquier empresa necesaria para el país se convierte en un mercado de intereses particulares que son los que deciden si es conveniente o no llevarla a cabo. Los validos acumulan cargos, títulos y rentas y consiguen que cualquier puesto que quede vacante pase automáticamente a un deudo suyo. Pocas veces el nepotismo alcanza cotas más altas y, de esta manera, su familia y amigos se hacen con los cargos más importantes de la Iglesia y el Estado.

Como defensa ante la amenaza que para el orden social establecido supone una situación de crisis como la que vive este siglo, desde el poder se refuerza la Monarquía absoluta, fórmula que la nobleza apoya para garantizar sus privilegios. Hay que advertir sin embargo que, aunque desde nuestra perspectiva histórica parece que tanto los validos como los reyes disponían de un poder absoluto sobre las personas y haciendas de sus

súbditos, sin embargo, la realidad es que la monarquía constituye únicamente el vértice de una pirámide de poder y que la voluntad del monarca estaba sujeta por un pacto legal a las distintas partes del Estado debiendo realizar juramento de guardar los fueros locales. Fruto de esta organización del Estado es una política fiscal que muestra un claro desequilibrio regional ya que es sólo Castilla la que carga con el gasto de la defensa nacional mientras que los residentes de Aragón pagan sólo una séptima parte de los impuestos que pagan los castellanos y los de Navarra y las provincias vascas la quinta parte aproximadamente, debido a que sus fueros los dispensaban de la mayoría de las tasas.

Tras el reinado relativamente pacífico de Felipe III, España se ve envuelta de nuevo en una serie de guerras tanto en el exterior, la Guerra de los Treinta Años, el fin de la Tregua de los Doce Años con los holandeses, conflictos con Francia, como en el interior, la guerra de Cataluña, la independencia de Portugal, y levantamientos separatistas en Andalucía, Aragón y Nápoles. El desenlace final de todos estos conflictos cristalizaría en el siglo siguiente con la Paz de Utrech, de 1713, que va a significar el fin del imperio español en Europa.

Durante el último decenio del siglo XVI existían numerosos indicios de que la economía castellana estaba al borde del colapso, debido al gran esfuerzo militar que las aventuras imperiales que Carlos V, primero, y que Felipe II, después, impusieron sobre el erario de los reinos. El desarrollo económico que, a pesar de alguna crisis, se había producido en España hasta la última década del siglo XVI se fundamentaba en la llegada de metal precioso de las Indias pero no se aprovechó esta oportunidad para desarrollar

una industria y una agricultura como soporte de la economía. Desde inicios del siglo XVII los envíos de metales preciosos disminuyen cada año y una buena parte de lo que llega pasa directamente a manos de los banqueros extranjeros con los que la Corona se había endeudado para pagar los grandes costes de las guerras. Es por ello que la crisis económica que sufre Europa en este siglo castiga especialmente a España. Es una crisis que afecta a todos los sectores, la agricultura, la ganadería, la industria, el comercio, y que se agrava por la corrupción administrativa y por las malas políticas económicas de los sucesivos gobiernos, aumentos de los impuestos, devaluación de la moneda, etc...

Pero esta crisis económica se empezó a trasladar a además a otros campos.

Maravall habla de que los españoles del siglo XVII eran:

muy diferente[s] de los de la época renacentista, se nos presentan como sacudidos por grave crisis en su proceso de integración (la opinión general, a partir de 1600, es la de que se reconoce cósmicamente imparable la caída de la monarquía hispánica, en tanto que el régimen de convivencia del grupo, a la que no cabe más que apuntalar provisionalmente). Ello se traduce en un estado de inquietud, que en muchos casos cabe calificar como angustiada, y por tanto de inestabilidad, con una conciencia de irremediable “decadencia” que los mismos españoles del siglo XVII tuvieron. (Cultura Barroco 96)

Si bien esta situación podría haber cambiado, o paliado en algún modo, al iniciarse con el reinado de Felipe III un período de paz, las malas cosechas y las pestes que se sucedieron a finales de siglo acabaron por arruinar el país. Todo esto provocó que

la sociedad española se hundiera en una “amargura, cinismo o, en el mejor de los casos, por la resignación ante la derrota” (Elliot 325). Maravall presenta como este malestar e inquietud empezó a manifestar trastornos graves en el funcionamiento social, si bien, como él explica, fueron una consecuencia de la acción de la presión que, con nuevas aspiraciones, ideales, creencias, etc., instalados en un nuevo complejo de relaciones económicas, ejercen sobre el contorno social, los propios individuos (Cultura Barroco 57).

Las guerras, las epidemias de peste, (asociadas a épocas de carestía y hambre), la expulsión de los moriscos, la emigración a las Indias y otras causas, como, por ejemplo, el aumento del clero o la menor natalidad ante la crisis económica), provocaron una catástrofe demográfica a mediados de siglo. La posterior recuperación no impide que, al finalizar el siglo, la población sólo llegue a alcanzar los niveles del año 1600. La despoblación se hace más intensa en las ciudades y especialmente en el campo de la Meseta castellana. Allí los labriegos abandonan sus tierras para buscar una situación mejor en Andalucía, cuya posición de trampolín hacia las Indias la convertía en un lugar lleno de posibilidades económicas o buscan fortuna en la Corte. Desde principios de siglo hay un movimiento de inmigración constante hacía Madrid, una vez que recupera la capitalidad del reino en 1606, que afecta a todos los sectores de la sociedad. Los nobles se desplazan con todo su séquito en busca de los favores del gobierno y, tras ellos, multitud de pretendientes, artistas y escritores que tienen en ellos sus mecenas. El crecimiento de la burocracia atrae a letrados, comerciantes y artesanos mientras que la depresión económica lanza sobre la ciudad riadas de aventureros y mendigos y, con ellos, aumentan las fundaciones piadosas y el clero.

La sociedad española es la típica estamental de esta época en Europa en la que podemos diferenciar, a grandes rasgos: el clero, los nobles y el pueblo llano. Estos estamentos, especialmente la nobleza, están claramente jerarquizados.

El clero español comienza su influencia en la época visigoda con la conversión de la monarquía arriana. Durante la Reconquista las relaciones entre monarquía y clero se robustecen apoyándose mutuamente y consolidando una estrecha relación que se ahonda durante el gobierno de los Austrias hasta tal punto que algunos autores, como Pfandl, hablan de un estado teocrático. La realidad es que el poder eclesiástico está subordinado al poder político, como Elliot y Maravall apuntan. Los reyes ejercían su poder sobre la iglesia española con el uso de tres derechos: a nombrar los cargos eclesiásticos, a revisar las sentencias de los tribunales eclesiásticos y a retener bulas y edictos pontificios. A su vez la Iglesia obtiene importantes beneficios y privilegios que elevan la jerarquía eclesiástica española a la más importante del mundo, incluida la italiana. Fruto de esta situación de privilegio va a ser el gran número de vocaciones (muchas de ellas falsas), la profusión de fundaciones monacales y la falta de formación del bajo clero.

Las clases nobiliarias se escalonaban de esta forma: En lo más bajo, situados apenas por encima de los burgueses, estaban grupos como “ciudadanos honrados” de Cataluña o los “caballeros cuantiosos” andaluces. Sobre ellos estaban los “hidalgos”. El hidalgo era el noble de sangre que, por no tener fortuna o cargos elevados, no había ascendido en la escala nobiliaria. Esta relación de los hidalgos con su status económico dio lugar a la posterior identificación literaria entre hidalguía y pobreza y a las sátiras de sus contemporáneos. Estaban después los “caballeros”, hidalgos que poseían más de

doscientos mil maravedís y ocupaban cargos municipales. Constituían una especie de clase media nobiliaria y su aspiración era llegar, por méritos bélicos o través de las órdenes militares, a alcanzar el grado máximo de la sociedad, es decir alguno de los Títulos y Grandes de España. Estos últimos ocupaban la cúspide del estamento nobiliario constituyendo un grupo destacado por su posición y riqueza.

Todos los historiadores, Lynch, Molas, Kamen, Bennasar, Maravall, Elliot, etc..., hablan del extraordinario aumento de número de títulos a lo largo de este siglo, no sólo por la generosidad de los reyes, sino también por las necesidades económicas que veían en la venta de títulos una entrada considerable para Hacienda. Quien tenía dinero para comprar lugares y vasallos, vivir con ostentación y pagar a Hacienda, ascendía de simple caballero a conde o marqués. El “aumento del número de títulos confirmó el aumento del papel público que desempeñaba la aristocracia” (Kamen 389), ocupando estos, los cargos palatinos al servicio del rey. En general estos puestos eran honoríficos, y sus ocupantes gastaban grandes cantidades de dinero para desempeñarlos con la mayor ostentación posible. Mucho más rentables eran los cargos municipales y regidurías que los aristócratas ocupaban a menudo. Además de esta prioridad para ocupar cargos públicos, la nobleza tenía otras ventajas como pueden ser la inmunidad de tributos y de toda prestación personal y real, privilegios jurídicos (jueces especiales, prisión separada de los plebeyos, etc.). Un motivo importante para pretender la nobleza era, sin duda, el deseo de consideración social. Kamen mantiene que la compraventa de títulos sirvió para satisfacer el deseo de movilidad social y para “reconocer a la élite lo que se le debía por su papel en la vida pública” (389).

El poder nobiliario se acrecienta a lo largo del siglo XVII hasta alcanzar su apogeo en tiempos de Carlos II. La nobleza se hace con el poder político pasando de "estamento" a "elite de poder" (Maravall Poder 173-250). A la vez, aumentan las diferencias entre nobles y grandes, por un lado, que con el tiempo serán los únicos que el vulgo conocerá como nobles) y caballeros e hidalgos, por otro, que se funden con las clases medias e incluso se proletarianizan (Maravall Poder 176). La gran riqueza que estaba en manos de la nobleza española no fue administrada con criterios productivos y, aunque hay que reconocer que una parte considerable de sus rentas se gastaron en fines benéficos o en servicios públicos, hubo un enorme despilfarro para sostener el lujo y la ostentación. Será esta riqueza la que asegure la posición elevada de este grupo, sustituyendo a la antigua función militar (Maravall Poder 177).

Por debajo de la aristocracia estaba la burguesía comercial, más fuerte y respetada en regiones como Cataluña y Valencia, donde esos "ciudadanos honrados" llegaban a desempeñar a menudo cargos en los municipios locales, función que en Castilla estaba en manos de la nobleza. Mientras que en otras partes de Europa, como Holanda o Inglaterra, la burguesía se convierte en motor del desarrollo económico, en España, exceptuando ciudades como Cádiz o Barcelona, no existe una mentalidad empresarial y los burgueses españoles se asimilan, en general, a la vida y los valores de la nobleza. Maravall defiende la existencia de un grupo de burgueses formado por mercaderes y letrados que, como él dice tiene una "presencia influyente en la esfera de poder social" (Poder, 294) y que participa de este poder presentando críticas contra ciertos aspectos del sistema político, social y económico en el que viven, como es el ejemplo de los arbitristas de el siglo XVI (Poder 250-302).

Los artesanos de diversas especialidades se organizaban a través de los “gremios” vigentes desde la Edad Media. Una escala unánimemente respetada que iba desde el *maestro* hasta el *aprendiz* pasando por el *oficial*, era el nervio de la asociación responsable de fijar salarios y precios, además de asegurar la calidad de los productos elaborados. En muchos casos, maestros, oficiales y aprendices mantenían una relación más familiar que profesional.

Los campesinos habían visto reconocida legalmente desde 1480 su categoría de hombres libres, no uncidos a la tierra que trabajaban (los castellanos primero, los catalanes después). Desde entonces su situación dependía sólo del régimen jurídico en que vivían. Los situados en tierras “de señorío” trabajaban el campo pagando tributos a su señor, más como vasallos naturales de él que como renteros de la tierra. Por el contrario, los “de realengo” sólo pagaban lo convenido en contrato al rey o a sus delegados. Los señores dueños de tierras podían cultivarlas mediante braceros o arrendarlas. Aparte de los grandes señores y la Iglesia también empezaban a florecer la clase de propietarios o campesinos que, aun siendo “villanos” poseían tierras a su nombre que cultivaban directamente o con ayuda de asalariados. Los peor tratados por la sociedad en ese oficio eran los braceros o jornaleros sin tierra, obligados a desplazarse por el país según las estaciones y el calendario de las distintas cosechas. Los campesinos vivirán agobiados por las necesidades fiscales del Estado. Se calcula que a principios del siglo XVII las cargas, tributos y ventas absorbían la mitad de la cosecha con lo que muchos campesinos se arruinaban y, abandonando su lugar de residencia, pasaban a engrosar la variopinta composición de los bajos fondos urbanos de las grandes ciudades.

En la sociedad española del siglo XVII se produce un proceso continuo de polarización. Al auge del poder nobiliario se contraponen un debilitamiento de la burguesía y las clases medias, un empobrecimiento del campesinado, lo que llevará a un aumento de las clases improductivas en ambos extremos del espectro social, nobles y clero, en un lado, y grupos marginales vagabundos y pícaros, en el otro. El historiador Bartolomé Bennassar afirma que “en la historia del mundo pocas sociedades han acumulado tantas desigualdades en unos espacios tan restringidos como la España del Siglo de Oro” (172).

Algunos historiadores, aunque no discuten la existencia de una crisis en el siglo XVII, tanto en el campo económico, como el social, hablan de una continuidad, pese a la crisis, de ciertas formas del pensamiento de la sociedad de la época. Domínguez Ortiz habla de que las metas sociales eran aún las tradicionales:

Consecución de altos puestos en la administración y en la Iglesia, honores, prerrogativas, una ejecutoria de hidalguía, o ... un puesto de familiar de la Inquisición, quien lo ostentaba podía alardear sino de nobleza, de limpieza de sangre ... además de otras ventajas y exenciones (Domínguez Ortiz, “Sociedad” 54)

Pero, como el mismo Domínguez Ortiz apunta, pese a que no existiera un cambio en los fines de la sociedad, si existe un cambio de los medios para lograr estos fines, siendo el dinero el principal motor cambio en la sociedad.

Ya no se buscaba en las guerras y en los descubrimientos, sino en el favoritismo regio, el dominio de los ayuntamientos, los casamientos

ventajosos con sus enormes dotes, el dominio de la tierra y la especulación sobre los productos de la misma. En aquella época cuyos ideales se basaban en el honor, la sangre pura y la actividad desinteresada había una gran apetencia por dinero. (Domínguez Ortiz, “Sociedad” 55)

Como ya se ha mencionado, será la diferenciación económica la que delimite los diferentes estratos sociales y la que asegure la continuación de la hegemonía social por parte de la nobleza, pero también será el dinero quien posibilite la ruptura de las fronteras estamentales. Un reflejo de esta realidad es el poema satírico de Francisco de Quevedo “Poderoso caballero es don Dinero,” (Rivers 341-43), donde habla del valor del oro que “es mi amante y amado,” y de su poder de transformar y de igualar a los hombres pese a su origen. Como presenta Maravall: “La riqueza no se verá nunca formalmente como razón de la nobleza pero desde el siglo XVI será reconocida como factor determinante de la misma” (Literatura picaresca 91). Esta riqueza no solo determinará una aceptación de una nueva nobleza de ricos entre la nobleza tradicional, pero también unos nuevos valores aristocráticos de repulsa y desprecio hacia los pobres, que se aplicará incluso a aquellos individuos que provienen de las propias filas nobiliarias (Maravall Literatura picaresca 91).

Coincidiendo con el ascenso de la aristocracia, se vive lo que algunos autores han llamado una “pasión nobiliaria” que se traduce en un desprecio por el trabajo manual y las actividades productivas lo que, no cabe duda, influyó de alguna manera en la decadencia económica de España. La vergüenza nobiliaria de tener que trabajar es

compartida por todas las clases sociales y si, por ejemplo, un comerciante se enriquece, trata rápidamente de hacerse noble o, al menos, llevar el tipo de vida de esa clase.

Al hablar de sociedad no podemos dejar de hacer mención a los dos personajes más representativos de la España del siglo XVII: el hidalgo y el pícaro. Ambos están ampliamente reflejados en la literatura de este siglo. Sus respectivos valores, llevados hasta la desmesura, simbolizan el idealismo y el realismo que según Pfandl constituyen “el anverso y reverso del alma hispánica, los dos extremos de una oposición reveladora entre lo que hay de más original, modificador y sustantivo a la vez en el pueblo ibérico” (288). Lo característico del alma española sería que entre ambos extremos, idealismo y realismo, no existe un punto de encuentro, una solución intermedia, una justa medida. Junto a los grandes ideales de patria, religión, honor, etc., el español se muestra apasionado, prosaico, impulsivo y entregado a los imperativos del instinto.

Los hidalgos, como consecuencia de las guerras de Reconquista, eran mucho más numerosos en el norte de España que en Castilla o Andalucía, incluso en las provincias vascas se pretende una hidalguía universal que es en realidad una estrategia para contrarrestar el avance de la monarquía absoluta y mantener intactos sus rasgos peculiares. Mientras que un plebeyo enriquecido podía llegar a conseguir la hidalguía, había hidalgos que tenían dificultades para conservarla pero, aún reducidos a la mendicidad, no renuncian a sus fueros y su mentalidad de privilegiados. Es por ello que muchos marchan a la ciudad para intentar vivir de una manera compatible a su condición y, aunque algunos logran entrar al servicio de la alta nobleza, otros se encuentran reducidos a la más extrema miseria.

Los ideales de la hidalguía impregnan todas las clases sociales, incluso las clases populares, y se afirman como valores nacionales pasando el hidalgo a ser el modelo de las virtudes y defectos de todos los españoles. El honor y la fe católica se manifiestan en él como los dos valores más importantes y conforman la vida individual y social de todas las gentes de esta época.

El honor alcanza su plenitud entre las clases nobles para quienes se manifiesta como "una inquebrantable voluntad de cumplir con el modo de comportarse a que está obligado por hallarse personalmente con el privilegio de pertenecer a un alto estamento" (Maravall Poder 32) El concepto del honor hunde sus raíces en la época medieval, en las guerras de la Reconquista y en la exaltación de las virtudes heroicas y caballerescas con la aparición de un nuevo grupo que monopoliza las armas y el consiguiente poder económico. Con el tiempo, la nobleza pierde el monopolio de la función militar pero intenta mantener sus privilegios. Se parte de la creencia, ya criticada por algunos coetáneos, de que el orden social establecido es fruto de la voluntad divina y a quien le ha tocado cargar con las responsabilidades del mantenimiento del orden establecido, la sociedad debe premiarle con el privilegio del honor. El honor se constituye así, en principio, como factor de integración social, actuando allí donde el orden social establecido puede verse amenazado. El hombre, por ejemplo, apela al honor para mantener su dominio sobre la mujer. El honor "no tiene más que un fundamento social, instrumento, junto a otros, para mantener el orden jerárquico de la sociedad" (Maravall Poder 79). Toda deuda de honor exige una reparación ya que cada miembro del estamento nobiliario se siente representante de todo el estamento y como tal actúa. No importa tanto la reparación del ofendido como que éste sea capaz de asumir unas

obligaciones a las que está comprometido en razón de su categoría social. De aquí la relación entre honra y fama.

Frente a esta ideología nobiliaria aparece en la sociedad desde el siglo XVI un cierto espíritu crítico que tiene su origen en algunos sectores burgueses. Viendo tambalearse el sistema social instituido, en el siglo XVII se produce una reacción monárquico-señorial y se endurecen las posiciones ideológicas conservadoras. El honor se exagera y se convierte en una verdadera obsesión a la vez que es asimilado por otras capas sociales, vemos como el Licenciado Vidriera, por ejemplo, va a Salamanca en busca de honra y fama (Cervantes Novelas II 43). La deshonra del individuo constituye una afrenta para toda la familia y “sustentar la honra” pasa a ser un objetivo primordial por el que se mata o se muere. Sin embargo, pese a ser el honor una virtud de todos los hombres, hay que dejar claro que no existe posibilidad de reparación por la vía del reto entre un señor y un plebeyo. Si el señor es el ofensor, el plebeyo no tiene capacidad para la defensa por la distancia que existe entre ambos y por su desconocimiento de las armas. Si el ofensor es el plebeyo, la reparación, en este caso, viene por la vía del castigo.

Cuando el sistema comienza a dar síntomas de descomposición se observa una interiorización del honor en la conciencia del individuo. Es entonces cuando se puede afirmar, como hace Pfandl que “el honor es para todo bien nacido como una virtud de orden interior, espiritual, era la dignidad consciente con que cada cual podía presentarse sin tacha ni menoscabo, ante Dios, ante sí mismo y ante sus semejantes” (138). Aunque, a medida que el concepto del honor va cobrando importancia, parece que tiende a

convertirse más en una serie de gestos mecánicos y exageraciones verbales que en un valor individual.

El español, por otro lado, se siente depositario y defensor de la verdadera fe de Cristo. Convertidos o expulsados de España los judíos y los musulmanes, el peligro está ahora en las enseñanzas de Erasmo y Lutero. El camino de la salvación está en seguir los dogmas dictados por el Concilio de Trento y combatir la herejía protestante y en ello se afanan la Corona y la Inquisición, no hay que olvidarse de la estrecha unión que existe entre Iglesia y Estado. Existe en el pueblo español un profundo sentimiento nacional y religioso que hunde sus raíces en la época de la Reconquista y que les lleva a considerar la traición a la patria y a la herejía como un delito similar. Pero, a pesar de la sinceridad de su sentimiento religioso, el español convencido de estar en posesión de la verdadera fe, disculpa fácilmente las desviaciones e inmoralidades que comete. No es extraño, por ejemplo, los casos de criminales que en la cárcel se reúnen todos los días para rezar devotamente. La ambivalencia del carácter español se refleja en este contraste entre religiosidad y moral pública.

El honor de ser cristiano se traduce en el prejuicio llamado de “limpieza de sangre”. Los primeros “estatutos de limpieza de sangre” aparecen ya en ciertas corporaciones y comunidades laicas y religiosas del siglo XV. En ellos se rechaza a los llamados “nuevos cristianos”, es decir, a aquellos que tenían antecedentes judíos y musulmanes. Estos estatutos se multiplican con el tiempo y la cuestión de la limpieza de sangre alcanza cotas de paroxismo en la primera mitad del siglo XVII, convirtiéndose en una cuestión esencial de la vida española. En estos momentos son muchas las

organizaciones, universidades, cofradías piadosas, corporaciones de artesanos, etc., que no admiten entre sus miembros más que a “cristianos viejos”. Ser “cristiano nuevo” se asimila a una deshonra que afecta a toda la familia y la convierte en una clase inferior. Se ha querido ver en los "estatutos de pureza de sangre” una especie de nobleza que coloca a los “cristianos viejos” en una categoría social muy por encima de los conversos. La realidad es que, exceptuando la nobleza que gozaba de unos privilegios abusivos, la cultura del Barroco fue muy represiva contra amplios sectores de la población y la verdadera discriminación fue la que se efectuó a nivel estamental constituyendo la "limpieza de sangre" uno de los mecanismos instituidos para evitar el ascenso estamental.

El otro personaje emblemático de este siglo es el pícaro. El marco en el que desarrolla sus actividades es el mundo de la marginalidad y la pobreza. Desde la Edad Media la pobreza había sido considerada como un camino de salvación, tanto como por el que la elegía libremente, como por el que ejercía la caridad. Caridad y pobreza se necesitaban y justificaban un orden social que se fundamentaba en enormes desigualdades. Se producía una cierta redistribución de la riqueza a través de donaciones, legados y fundaciones para ayudar a los pobres.

A partir de la última década del siglo XVI se observa un aumento del pauperismo que se refleja, por ejemplo, en las oleadas de indigentes que llegan a las ciudades, el aumento de la prostitución o el abandono infantil. Como consecuencia de la crisis económica y la consiguiente polarización social, el número de pobres se multiplica, llegando a superar el 40 % de la población en algunas áreas (Bennasar 212).

Bajo el paraguas de la pobreza abundan por toda Europa, especialmente en las ciudades, todo un ejército de parásitos instalados en la delincuencia: estafadores, ladrones, asesinos. El concepto medieval de pobreza como ideal evangélico empieza a ser cuestionado, especialmente a partir de la Contrarreforma. Son ahora frecuentes las quejas contra los ociosos y los mendigos válidos y surgen los partidarios de una reforma de la beneficencia para solucionar este problema y a la vez poner a disposición de los empresarios españoles una mano de obra barata. Es en este contexto en el que aparecerán diversas medidas destinadas a paliar el problema, como la “Poor Law⁵” de 1572 en Inglaterra, o la publicación del “*Discurso de amparo de los legítimos pobres*” (1598) del bachiller Pérez de Herrera. El proyecto de Pérez de Herrera, como la “Poor Law” inglesa, proponía la protección al “pobre legítimo”, ancianos, inválidos, etc., la obligación de trabajar para los mendigos capaces, la persecución de la prostitución y la acogida y educación de los niños expósitos. Pero con la muerte de Felipe II del proyecto de Pérez Herrera sólo se ponen en práctica algunas medidas represivas como la reclusión de las prostitutas en unas casas llamadas “galeras”, abandonándose sus aspectos más progresistas.

Encontramos al pícaro principalmente en estos bajos fondos urbanos. La picaresca era habitual en todas las ciudades españolas, especialmente en Sevilla donde llegó a alcanzar un desarrollo claramente reflejado en la Literatura Española. La picaresca sevillana tiene sus lugares de reunión, sus héroes emblemáticos y su organización al estilo mafioso con cofradías de ladrones y criminales estructuradas en aspirantes y aprendices, con sus reglamentos y registros. Parte del botín se reserva para hacer obras piadosas, misas por los difuntos o pagar a los “bienhechores”, abogados, jueces, policías,

informadores, etc. El mundo de la picaresca tiene su propio argot, la jerga de germanía, que se caracteriza por el gusto por las antífrasis, la taberna, por ejemplo es la ermita, y por metáforas que trastocan la dura realidad diaria.

Como reacción y crítica a los valores exacerbados que imperan en la sociedad y que representa la hidalguía, el pícaro se sitúa en el extremo opuesto. Surge así el llamado *anti-honor*, es decir, el desprecio asumido por el concepto del honor, por la opinión ajena. Se exaltan, en cambio, las actitudes más bajas y despreciables en las que el pícaro parece complacerse.

La composición de la picaresca era muy variada: desde aristócratas empobrecidos a criminales a sueldo, pasando por prostitutas, artesanos, clérigos, soldados retirados, ... y, por supuesto, estudiantes.

En el terreno cultural en claro contraste con la decadencia política, social, económica y demográfica, España vive inmersa en el llamado Siglo de Oro. La llegada de metales preciosos procedentes de las Indias aumentó, no sólo los ingresos reales, sino también de las grandes familias, la Iglesia, los mercaderes, etc. y todos ellos, con la monarquía a la cabeza van a rivalizar en un mecenazgo artístico por aumentar su prestigio. Con la expansión del Renacimiento (siglo XVI) y del Barroco (siglo XVII) se produce una explosión artística en toda España que abarca desde la arquitectura a la herrería, pasando por la escultura, la pintura, la orfebrería o la música. La mayoría de los autores coinciden en señalar como final de esta época el año 1681, coincidiendo con la muerte de Calderón.

La literatura también vive su momento más glorioso y las letras pasan a ocupar un papel cada vez más importante en la vida social española. En la primera mitad del siglo XVII se multiplican las “academias” donde escritores y señores participan en reñidas justas literarias. Los concursos literarios también son habituales en las fiestas de todas las ciudades y pueblos. Sin embargo, ningún escritor, ni siquiera el celebrado Lope de Vega, puede vivir de sus obras y necesita la protección de algún señor o desempeñar un cargo eclesiástico o administrativo.

LA UNIVERSIDAD BARROCA: EL MUNDO DEL ESTUDIANTE

Adviertote, hija que estas en Salamanca que es llamada madre de las ciencias, tesorera de las habilidades, y que en ella de ordinario están y habitan diez o doce mil estudiantes, gente moza, antojadiza, arrojada, liberal y discreta; esto es en lo general; pero en lo particular, como todos o los más son forasteros y de diferentes provincias, no tienen todas unas mismas condiciones. (La tía fingida)⁶

El origen de la Universidad como institución cultural tiene su origen en el despertar intelectual que se produjo a partir del s. XII y está claramente relacionado con el desarrollo urbano y con el espíritu corporativo bajomedieval. El antecedente inmediato de las universidades lo encontramos en las Escuelas Catedralicias. Estevez Scott nos informa cómo “algunos cabildos daban a un canónigo el título de Magíster Scholae o Caput Scholae y lo apellidaban Magíster Scholarum (4). En el siglo XIII la cultura como saber reflexivo sale del claustro de los monasterios y las catedrales con la fundación de las primeras universidades. En un principio se organizaron como comunidades de profesores –“universitas magistrorum”- (Universidad de París) o de estudiantes – “universitas scholarum”- (Universidad de Bolonia) Esta división con el tiempo se resumió bajo el término Universidad. La institución podía ser de fundación eclesiástica, como la de París, o real, como la de Nápoles, la universidad estatal y laica más antigua del mundo, o de creación privada y municipal, como la de Bolonia, primera universidad

européa, creada en 1088. En ocasiones fueron creadas por estudiantes que abandonaron otra universidad, como es el caso de Oxford y Cambridge. Cada universidad era una institución autónoma que, en el momento de su creación, elaboraba sus estatutos. Una vez que éstos recibían la aprobación, “licencia ubique docente,” de la Santa Sede, podían iniciar su actividad docente. Las universidades eran independientes entre sí y del Estado. Sus miembros sólo estaban sometidos a su propia jurisdicción su inviolabilidad estaba asegurada, testigo de esto son las columnas con cadenas y muro que rodean la Universidad de Oviedo y que delimitan el espacio jurisdiccional de la Universidad dentro de la ciudad. Son instituciones de la cristiandad, más que del país en que se encontraban, situación que cambió con la Reforma Protestante. Su lengua era el latín y sus grados eran válidos en toda Europa enseñándose; en un principio, Derecho, Teología, Filosofía y Medicina.

La Universidad española también tiene su origen en las Escuelas de la Catedral. Dice García Mercadal que “a instancia del Obispo Tello Tellez de Meneses creó D. Alfonso VIII en Palencia un Estudio, y según nos dice el arzobispo D. Rodrigo Jiménez de Rada en su *De rerus Hispaniae* (lib VII, cap III, 34) trajo a los estudios palentinos sabios franceses y lombardos, para que hubiese en sus reinos enseñanza de sabiduría” (15). Hasta este momento, los nobles debían enviar a sus hijos a estudiar al extranjero, principalmente a París y Bolonia. Este título de *Estudio General* manifiesta la diversidad de las enseñanzas impartidas, su característica no privada, abierta a todos, y la validez de sus títulos. Posteriormente, el rey Alfonso IX de León crea el Estudio General de Salamanca y al reunirse los dos reinos, Castilla y León, en la corona de Fernando III,

mientras que el Estudio Salmanticense ganaba fama, el Estudio palentino fue perdiendo importancia, por lo que desapareció.

Bajo el reinado de Alfonso X el Estudio General de Salamanca se transformó en Universidad, dándole el rey sus primeras ordenanzas, dotando sus primeras cátedras estables, como la de música, y creando el cargo de bibliotecario, siendo la primera universidad de Europa que toma este nombre y que contaba con biblioteca pública. La primera ley de la constitución de la Universidad de Salamanca dice:

Estudio es ayuntamiento de maestros et escolares que es fecho en algún logar con voluntad et con entendimiento de aprender los saberes. E son dos maneras dél; la una es a que dicen Estudio general, en que ha maestros de las Artes, así como de gramática, é de lógica, é de aritmética, é de geometría, é de astrología, e otrosí en que ha maestros de decretos é señores de leyes. E este estudio debe ser establecido por mandado de Papa, ó de Emperador, ó de Rey. La segunda manera es á que dicen Estudio particular, que quiere tanto decir como quando algún maestro amuestra en alguna villa apartadamente á pocos escolares. E tal como este puede mandar facer perlado o concejo de algún logar. (García Mercadal 18)

La Universidad de Salamanca obtiene la confirmación al Estudio y la Universidad por el breve del papa Alejandro IV dado en Nápoles el 12 de abril de 1260 (García Mercadal 20). De esta manera se le admite como uno de los cuatro estudios generales (*unum de quatuor Orbis generatibus studiis*) junto con París, Oxford y Bolonia.

En los siglos siguientes se fundan otras universidades en España como las de Lérida, Valladolid o Huesca (siglo XIV) o la de Barcelona (siglo XV) pero la Universidad de Salamanca a lo largo de estos siglos se coloca a la cabeza de las universidades españolas tanto por el número de alumnos como por su prestigio, alcanzando su máximo esplendor en el siglo XVI. Son muchos los estudiantes extranjeros que se matriculan en esta universidad atraídos por la fama de sus profesores: Nebrija, Melchor Cano, Fray Luis de León, Fray Domingo de Soto, Alfonso el Tostado, Covarrubias, etc.

En la época Moderna, la Universidad tampoco es ajena a este esplendor cultural de principios de siglo, alcanzando el número de estudiantes sus cotas más altas entre los años 1580 y 1620. Bennassar observa que durante el reinado de Felipe III se calcula que el número de estudiantes castellanos era de 13.000 y que de ellos, más de la mitad eran juristas, constituyendo solamente en Salamanca y Valladolid las cuatro quintas partes de los estudiantes (44). La razón de este auge hay que buscarla, sobre todo, en la posibilidad de promoción social de los universitarios tanto en el estamento clerical como en la administración del Estado. Desde los Reyes Católicos, los reyes de España gobiernan con la participación de los “letrados” que llegan a ocupar los más altos cargos del Estado. Para algunos historiadores Maravall y Bennassar entre ellos, estos letrados constituyen una nueva clase social, una especie de aristocracia intelectual. Procedentes, en general, de la nobleza o de la burguesía urbana, son licenciados o doctores universitarios a quienes se les exige, siguiendo la legislación implantada por los Reyes Católicos, diez años de estudios universitarios y una edad límite de veinticinco o veintiséis años para acceder a diferentes cargos en la justicia o la administración (Bennassar 43).

También a lo largo del Siglo de Oro se fundan universidades en varias ciudades españolas por iniciativa pontificia, real, municipal e, incluso, privada. Todas ellas siguen, en mayor o menor medida, el modelo de la Universidad de Salamanca. El rector es elegido cada año por una comisión formada a partes iguales por profesores y estudiantes y es un cargo que recae siempre sobre un estudiante que suele pertenecer a una familia importante. Los profesores son escogidos también por los estudiantes tras un concurso público en el que cada uno leía dos lecciones. Después los estudiantes, reunidos con el claustro, juraban ser honestos en la elección y el rector les preguntaba a cada uno de ellos si había sido sobornado por alguno de los opositores. A continuación los estudiantes votaban al profesor que les parecía más adecuado. El rector y el claustro sólo supervisaban la elección ya que no tenían derecho a voto.

En la Universidad de Salamanca no había exámenes anuales y se pasaba de curso con los únicos requisitos de la matrícula y la asistencia. Sólo existía una prueba definitiva para obtener el grado. Los grados eran tres: bachiller, licenciado y doctor. El bachiller habilitaba para el ejercicio profesional, el licenciado para la docencia universitaria y el doctorado venía a ser una especie de reconocimiento honorífico. A finales del siglo XVI sólo el 8% de los matriculados conseguían ser bachilleres y de éstos, sólo el 2% llegaba a ser licenciado (Rodríguez-San Pedro Estudiantes 44).

Solamente la Universidad de Alcalá de Henares puede rivalizar con la de Salamanca. La Universidad de Alcalá de Henares, fundada en los primeros años del siglo XVI por el Cardenal Cisneros, tiene un carácter más aristocrático que la universidad salmantina y opone, al carácter democrático de ésta, una organización más autoritaria y

centralizada. El rector, en esta universidad, es nombrado por el Arzobispo de Toledo. Se diferencia también en su orientación pedagógica, abandonando el derecho civil y centrándose más en el estudio de la Teología y de las letras Clásicas.

Los primeros Colegios Mayores los fundan en el siglo XV prelados y personas piadosas con la intención de acoger a los estudiantes pobres. Con el tiempo, los Colegios Mayores se convirtieron en semillero de altos funcionarios y prelados de tal manera que el paso por estos colegios significaba un importante trampolín para su carrera. En el siglo XVI había ya en España seis Colegios Mayores: cuatro en Salamanca (San Bartolomé, Cuenca, San Salvador de Oviedo y Colegio del Arzobispo Fonseca), uno en Valladolid (Santa Cruz) y otro en Alcalá (San Ildefonso). Había también un colegio mayor en Sevilla (Santa María de Jesús) y otro en Bolonia (Colegio de los Españoles) pero no tuvieron la influencia de los anteriores. Los más célebres eran San Bartolomé, Santa Cruz y San Ildefonso, por este orden. La importancia de los colegios citados era tal que, por ejemplo, en tiempos de Felipe IV el 65% de los consejeros de Castilla había pasado por alguno de ellos (Bennassar 44).

Todos los colegiales eran becarios, es decir, tenían asegurada la casa y la comida mientras duraran sus estudios. Como indica Bennassar el acceso a los colegios era muy difícil ya que cada uno de ellos sólo contaba con 20 o 30 plazas de límite exigiéndose para entrar pobreza y “pureza de sangre” aunque este requisito se fue debilitando con el tiempo. También tenían preferencia los parientes del fundador. La edad de acceso era entre los 16 y los 20 años y permanecían en el colegio durante 6 a 8 años (Bennassar 45). Cada colegio tenía sus propios reglamentos pero, en general, se buscaba el ideal de la

vida monástica debiendo cumplir el colegial con los principios de sobriedad, virtud y laboriosidad.

Había también colegios menores y militares pero no tenían ni el prestigio ni la influencia de los mayores. En Salamanca, por ejemplo, además de los cuatro colegios mayores citados, había 22 colegios menores y cuatro de órdenes militares. Generalmente los requisitos de entrada en estos colegios menores eran menos exigentes, y para muchos estudiantes era un primer paso antes de intentar el acceso a los colegios mayores.

Cuando Cisneros funda la Universidad de Alcalá crea junto a ella Colegios mayores y menores. En ellos los estudiantes se dividían en varios grupos (Estevez Scott 14). Los prebendados recibían alojamiento y mantenimiento gratuito; los pensionistas estaban obligados a pagar una pensión anual; los camaristas sólo recibían habitación; y los socios o compañeros, estudiantes pobres a los que los camaristas dejaban un pequeño espacio en su celda y a quienes se alimentaba con las sobras del refectorio.

A partir de 1620 ya se observa en la universidad española un claro proceso de decadencia y descomposición. En un marco general de guerras internas y externas, mala administración y decadencia, las universidades españolas caminan hacia la ruina empujadas por “la indisciplina de los alumnos, el ocaso de los estudios, el desprestigio del Claustro y la insolencia de los Colegios Mayores” (Jiménez 39).

Los estudiantes viven en una situación legal privilegiada. Según la “pragmática” de la Santa Fe promulgada por los Reyes Católicos en 1492, los estudiantes dependían del “maestrescuela”. De esta manera, estaban exentos de la jurisdicción ordinaria y de la eclesiástica no reconociendo más tribunal que el del Rector. Los tribunales universitarios,

intentando no interferir en la actividad principal de los jóvenes que debía ser el estudio, se muestran excesivamente magnánimos con los excesos y delitos cometidos por los estudiantes y los actos de indisciplina proliferan. Son cada vez más frecuentes las peleas de estudiantes con las gentes del pueblo y, sobre todo, entre ellos por la cuestión de las “naciones” que es como se llamaban a las diferentes provincias. La elección del rector o de los profesores, por ejemplo, era suficiente excusa para que los que pretendían imponer un candidato de su provincia se enzarzaran en verdaderas batallas con los estudiantes de las otras “naciones”. Además, la penuria económica de algunos estudiantes los hace especialmente vulnerables a los regalos y los sobornos a la hora de elegir el profesorado. A esta situación que intenta poner fin Felipe IV en el año 1623 haciendo nombrar a los profesores de Salamanca, Valladolid y Alcalá por el Consejo de Castilla y a la vista de sus méritos y, aunque en el año 1632 se vuelve al viejo método de la elección por los estudiantes, dos años después se les retira definitivamente esta competencia. La realidad es que del favoritismo estudiantil se va a pasar al favoritismo cortesano.

En la primera mitad del siglo XVI, con la influencia del humanismo y especialmente del erasmismo, la universidad española había iniciado un proceso de apertura intelectual como reacción contra el escolasticismo imperante. Sin embargo, el miedo a que el nuevo pensamiento pusiera en peligro la ortodoxia eclesiástica conduce a una desconfianza hacia todo el que se aparta del método tradicional de la enseñanza y a la persecución de algunos profesores de Salamanca como es el caso de Fray Luis de León. Se vuelve así al viejo método escolástico y a la enseñanza “ex cátedra”. Incluso hacia el año 1600 hay un florecimiento del escolasticismo con algunas figuras destacadas como el jesuita Francisco Suárez. Durante el siglo XVII Francia e Inglaterra viven un

florecimiento intelectual que queda reflejado en figuras como Bacon, Descartes o Hobbes. Sin embargo, España se cierra sobre sí misma y se estanca mentalmente. La iglesia española se atrinchera contra las nuevas corrientes filosóficas, las nuevas ciencias naturales y la escisión entre filosofía y teología. La universidad española, como la vida social, permanece confinada dentro de los rígidos límites de la ortodoxia eclesiástica y anclada en principios medievales. De esta manera, en la universidad española va a imperar el dogmatismo, la rigidez, la pasividad, los métodos antipedagógicos, la escasa afición por las ciencias experimentales y el alejamiento del nuevo pensamiento que emerge en Europa. Fernando R. de la Flor, según nos cuenta González García, establece una clara contraposición entre el famoso lema de Juan de Borja, *Hominem te esse cogita*, piensa que eres –sólo- hombre, y la declaración de Descartes, *Cogito ergo sum*, pienso luego existo, que resumen la idea de la emancipación de la razón contra la condición humana sujeta a Dios, respectivamente (González García 135). Las primeras facultades en declinar fueron la de medicina, carrera que estudió Mateo Alemán en Alcalá de Henares, que había gozado de un gran prestigio en España, la de ciencias y la de matemáticas. La Universidad de Salamanca, por ejemplo, en los últimos años del Siglo XVII no tiene matrícula alguna en cirugía ni en matemáticas. Este atraso de la universidad española fue denunciado en los últimos años del siglo por una serie de científicos que luchan por introducir en España las nuevas corrientes que ya triunfan en Europa, son los llamados novatores.

A esta decadencia contribuye también la fundación por los jesuitas por Real Decreto de 1625, del Colegio Imperial lo que provoca la alarma y protesta de las universidades españolas contrarias a la bula otorgada por Gregorio XIII para fundar y

conferir grados. Especialmente perjudicada resulta la Universidad de Alcalá, no sólo por su proximidad sino porque, además, compite con ella en el tipo de clientela escolar, ya que el Colegio Imperial, desde el principio, busca sus alumnos entre los hijos de títulos, grandes señores y familias ilustres del país

Para el control de los Colegios Mayores se funda la Real Junta de Colegios en 1623 dependiente del Consejo de Castilla y con ello los Colegios adquieren un carácter cada vez más aristocrático y exclusivista. Puesto que los colegiales van a monopolizar los mejores cargos en la Iglesia y el Estado, son muchos las personas influyentes que intentan que sus parientes y protegidos sean admitidos en éstos. Aparecen entonces los “hacedores”, antiguos colegiales que se habían instalado en puestos influyentes del Estado desde los que controlan la concesión de las becas. Los colegiales acaban perteneciendo todos a las clases dominantes y constituyendo un grupo de presión aparte que impone su tiranía dentro de la propia Universidad extendiendo su influencia también como élite social. Es normal, por ejemplo, que los colegiales tengan su propio candidato en las elecciones a profesores y que monopolicen todos los cargos en la universidad. Incluso, una vez acabada la carrera, algunos se quedan en el colegio como “huéspedes”, disfrutando de sus privilegios mientras esperan que les concedan un cargo en la administración o en la propia universidad. Con el tiempo, en los Colegios Mayores se vive un ambiente de relajación y de transgresión de normas en el que los colegiales permanecen ausentes cursos enteros y muestran un grave desprecio por el estudio y la cultura. Hay quien, despreciando el traje escolar, asiste a la universidad vestido al estilo de los cortesanos y con ricos y lujosos paños importados a pesar de que los estatutos universitarios lo prohíben.

Un claro reflejo de la decadencia de la universidad española es el descenso en el número de matriculas. Rodríguez-San Pedro nos informa que el número de matriculados en la Universidad de Salamanca pasó de 5.000 en la primera mitad del siglo XVII a 2.000 en 1690 (35). Es importante señalar que este descenso no afectó a colegiales y conventuales que se mantuvieron o incluso se incrementaron proporcionalmente, sino a los “manteístas”, nombre con el que se conocía a los estudiantes en general para diferenciarlos de los colegiales. Los manteístas, que constituían en el primer tercio del siglo el 85% de los estudiantes, quedaron reducidos en la segunda mitad del siglo al 50%. “Reflejo todo ello, de la pérdida de oportunidades en la promoción por el estudio y de la consolidación de las oligarquías y facciones excluyentes” (Rodríguez-San Pedro 36). Aunque el estudio va a continuar siendo uno de los pocos caminos para ascender en la estratificación social, durante el Barroco se van a poner todo tipo de trabas. Maravall nos descubre sucesivos intentos de suprimir estudios en algunas villas y pueblos para que no puedan acceder a ellos los labradores (Cultura 277).

Es importante entender la historia de la universidad para poder entender la importancia del estudiante en la sociedad barroca. Los estudiantes constituyen un grupo privilegiado que a través de estudio es capaz de burlar la rigidez estamental de la sociedad tradicional. Un ejemplo literario de esta posibilidad de ascenso social puede verse en el propio Licenciado Vidriera que buscaba en Salamanca honra y fama gracias a sus estudios (Cervantes Novelas II 43). El pícaro y el estudiante se equiparan al ser ambos elementos que viven fuera de las barreras sociales tratando de cruzar las fronteras de clase. La universidad funciona como un microcosmos dentro del mundo barroco, donde el estudiante se equipara, al menos en teoría, no importa su condición social

previa. Siendo parte de este microcosmos los escolares dejan de estar bajo las normas sociales convencionales para estar bajo la autoridad universitaria. Ser estudiante es una protección para pícaros, como el personaje cervantino de Ginés de Pasamonte, que “iba en habito de estudiante,” para no ser juzgado por sus fechorías (Cervantes Quijote 173).

EL ESTUDIANTE EN LA CULTURA DEL BARROCO.

REPRESENTACIÓN DEL ESTUDIANTE EN LA CULTURA.

En Salamanca, Señor,
son mozos, gastan humor,
sigue cada cual su gusto;
hacen donaire del vicio,
gala de la travesura,
grandeza de la locura:
hace al fin la edad su oficio.
(La verdad sospechosa)⁷

Al plantearnos la cuestión de la representación del estudiante es preciso primero observar la función de la cultura en la época. También resulta necesario conocer la imagen estudiantil anterior al Barroco, para poder entender su representación en el género de la picaresca.

Nieves Romero-Díaz presenta el concepto de cultura de Raymond Williams diciendo que: “culture is not only a reflection of the world but a structural force that can constitute and transform that world. It is a dynamic process in which contradictory, subversive and challenging discourses intermingle with (official) dominant discourses.” (164). Como Romero-Díaz resume, la cultura estaría formada no sólo de elementos destinados al dominio, pero también por elementos residuales, que permanecen en la sociedad, y por elementos nuevos, o emergentes.

Según Maravall la cultura empezaría a ser usada en este periodo como una forma de dominio y control. La monarquía, punta de lanza de las “clases de poder,” aristocracia y clero, emplearía su “grupo más informal, pero no menos eficaz de poetas, dramaturgos, pintores, etc.” para ello (Cultura Barroco 113). La cultura barroca, y por ende la literatura como parte de ésta, pasaría de este modo, a ser no sólo un espejo representando los sentimientos y creencias de la sociedad, como se ha visto tradicionalmente, sino que también sería parte del proceso de creación y formación de estos sentimientos y creencia. Además, la cultura sería, de este modo, una forma de condicionamiento social, o lo que llama Cascardi, un “mecanismo de control social.” Para Maravall, entonces, “El Barroco no es sino el conjunto de medios culturales de muy variada clase, reunidos y articulados para operar adecuadamente con los hombres, ... a fin de acertar prácticamente a conducirlos y mantenerlos integrados en el sistema social” (Cultura Barroco 132). Así, durante el siglo XVII se puede observar como “lo que el teólogo o el artista hacen responde a un planteamiento político, si no en cuanto a su contenido, sí estratégicamente” (Cultura Barroco 134). Siguiendo el planteamiento de Maravall, Juan Bautista Avalle-Arce afirma que la literatura barroca está dominada por un propósito didáctico (Avalle-Arce 195). La ejemplaridad y el didactismo moral, que ya existían en el pasado, resurgen con gran fuerza a partir de mediados del siglo XVII, a consecuencia de las formas doctrinales que la Iglesia establece a partir del Concilio de Trento. “La casuística religiosa para uso del predicador se erige como teoría indispensable. Es testimonio de un esfuerzo sin precedentes para hacer la moral y el código que la instruye accesible a todos” (Laspéras 294). Estos principios morales no solamente definirán, como ya se ha

apuntado antes, una forma de comportamiento religioso, también se establecerán como los fundamentos morales nacionales.

Partiendo de la teoría del Barroco de Maravall, la cultura, en este caso la literatura, no es solamente un reflejo y reproductor de la sociedad, sino que también es una forma de imponer y crear formas sociales y de pensamiento. Las novelas ejemplares, peregrinas, picarescas, etc., también serían leídas por otros grupos sociales, a los que estos ideales de comportamiento virtuoso influirían. Maravall socava la intencionalidad exclusiva hacia la nobleza al plantear que la cultura barroca es una forma de cultura masiva (*masscult*). Basándose en el estudio sobre el *kitsch* de Greenberg, Maravall explica como la población desplazada a las ciudades por las dificultades económicas perderán contacto y el gusto por la cultura popular, sin llegar a adoptar la cultura tradicional, lo que hace que se generen una serie de nuevas formas culturales (*midcult*), jácaras, mojigangas, etc. (Cultura Barroco 181-87). Concluye que estamos ante unas “manifestaciones de *kitsch*, al que pertenece la mayor parte de la producción teatral y novelística, especialmente, del siglo XVII” (Cultura Barroco 18).

El historiador Bartolomé Bennassar hace eco de la importancia del folklore y lo popular en esta sociedad, en la que solamente una minoría, un cuarto de la población, tenía acceso a la cultura escrita. García Cárcel observa que “el primer problema es delimitar si popular es lo producido o lo consumido por las clases populares” (45). García Cárcel rastrea en la historiografía, exponiendo la visión marxista en la que “define lo popular en función del concepto de la explotación de clase dominada, subordinada, subalterna, dependiente de la clase hegemónica, dominante” (45). La historiografía

marxista, iría en concierto con la visión de la cultura de Maravall y de Díaz Borque. Sin embargo, García Cárcel sostiene la importancia de constancia y permanencia en la cultura popular de los valores tradicionales. La cultura popular produce una “supervivencia defensiva” de estos valores, donde el medio de expansión depende de la oralidad y se encuentra restringido a los lugares de socialización de las clases populares (García Cárcel 45). Como presenta Bennassar: “Para la gran mayoría de los españoles, la cultura consistía en el resultado de adquisiciones realizadas a través de la tradición oral, en el seno del medio familiar, parroquial y profesional, desempeñando sin duda la vida religiosa un papel eminente” (272).

La realidad cultural del período, sin embargo, es más compleja. Frente a una clara división entre clases, en el ámbito cultural no hay una separación definida entre los diferentes grupos. El historiador británico Peter Burke, presenta como en el siglo XVI no habría una división aún entre la cultura popular y la “cultura”, y que no sería hasta el siglo XVII que empezarán a deslindarse. No es de extrañar entonces, como subraya el crítico Maxime Chevalier, que durante este período “los cuentecillos tradicionales invad[an] la literatura española del Siglo de Oro” (“Cuentos tradicionales” 336).

A partir del Renacimiento, lo popular se presenta en la literatura culta en todas sus modalidades, desde la narrativa, con la inclusión de cuentecillos tradicionales y refranes en las obras, al teatro, donde se empiezan a representar obras que incluirán escenas presentando estas historias populares, como es el caso de los pasos Las aceitunas y El convidado, de Lope de Rueda (Chevalier “Cuentecillo y novela corta” 337), o en el caso de la poesía, la afición de los españoles cultos a romances viejos, y el renacimiento de

esta forma poética en esta época, además de la inclusión de estrofas y refranes populares en poemas de autores cultos, como la “Canción de San Juan,” de Lope de Vega, o incluso entre aquellos “culteranos,” como el “Romancillo XLIX” o la “Letrilla XLVIII” de Luis de Góngora.⁸ Esta inclusión de la cultura oral en la “ciudad letrada” no es de extrañar, teniendo en cuenta que los letrados de la época crecerían y aprenderían estos relatos orales a través de su contacto con las masas. Frente al concepto de la ciudad letrada de Ángel Rama, en la que los letrados se separan del resto de la sociedad, imponiendo su poder y sus valores culturales, se alza esta horda de tradiciones. La ciudad barroca española se diferencia por tanto de la ciudad de la España colonial de la que Rama habla, en tanto en cuanto la población de la primera comparte una tradición cultural, una civilización y *ethos* comunes, pese a las diferencias regionales que separaban los diferentes reinos y regiones de la corona de los Austrias en la Península Ibérica. En el territorio americano las ciudades eran el centro de poder “letrado” desde el cual se trataban de imponer la civilización y el *ethos* de los conquistadores, la cultura común de la Península Ibérica.

Como sostiene Chevalier, en el Siglo de Oro la cultura popular no es patrimonio de los humildes. “Al contrario, los hombres cultos de la época demuestran conocer perfectamente los cuentecillos tradicionales” (“Cuento folklórico” 7) que incluyen en sus obras con frecuencia en forma de lo que Chevalier llama “alusiones elípticas” (“Cuento folklórico” 6), que solamente podrían entender aquellos que tuvieran previo conocimiento de dichos cuentos. Su condición de letrados, por tanto, no los separaría de la población humilde, siendo la cultura oral, en forma de canciones, refranes y cuentos,

no una división entre estratos culturales, sino una parte fundamental de su propia identidad hispana, que estos letrados introducirían sincréticamente en su cultura letrada.

En el caso de la narrativa, Fernando Lázaro Carreter reitera esta importancia del relato oral folklórico al hablar del Lazarillo de Tormes. Según Lázaro Carreter: “el autor echa mano de materiales folklóricos. La rivalidad del ciego y su destrón está presente en la narrativa y en el teatro europeos de carácter popular, desde la Edad Media” (“Lázaro” 363). Incluso los personajes son un reflejo de los tópicos o caracteres que estos personajes tienen en los cuentos medievales, en el caso del “ciego: sutileza y mezquindad” (Lázaro Carreter, “Lázaro” 363). Lázaro Carreter defiende la existencia anterior a la obra de algunos de los casos que presenta, logrando presentar incluso prueba de la existencia anterior al Lazarillo del episodio del toro de piedra en un repertorio de Dichos graciosos de españoles (1540). Cabe entonces preguntarse, partiendo del carácter de recopilación de casos folklóricos de esta primera parte, si el resto de la obra incluye otros cuentos o casos provenientes del folklore. En todo caso, como arguye Lázaro Carreter, el valor de la obra en sí, lo determina la forma en que estos casos se aglutinan formando una obra compuesta de múltiples eventos con una cohesión que además presenta una evolución o transformación en el personaje de Lázaro.

Como aclara Chevalier “Lazarillo no representa ninguna excepción dentro de la literatura picaresca. La vida azarosa y pintoresca del pícaro Guzmán se nutre de cuentos tradicionales y de burlas familiares. La picara Justina y Marcos de Obregón encierran apreciable cantidad de elementos del mismo tipo” (“Cuentos tradicionales” 338).

En el caso del personaje estudiante nos encontramos con un acervo de canciones, cuentos, poesías, etc. que datan ya de la Edad Media y que nos presentan este estudiante, un letrado, dentro de la cultura popular oral. Especialistas en el cuento tradicional, como Chevalier o Aurelio Espinosa, han estudiado la figura del estudiante antes del siglo XVII, en la que destacan las características arquetípicas antes citadas: gracioso instruido, altanero, tracista, mujeriego y pobre. Esta “representación no sorprende dentro de la cultura folclórica, puesto que refleja ésta la desconfianza secular del aldeano frente al que posee las técnicas misteriosas e inquietantes de la lectura y la escritura, sea letrado, clérigo o recaudador de impuestos” (Chevalier “Personaje folklórico” 53). Como Chevalier apunta, lo que es sorprendente es que los autores letrados del Siglo de Oro hacen eco de esta imagen.

Además de este estudiante, Chevalier presenta la existencia de otro tipo de representación del escolar en el cuento tradicional. Unos “cuentecillos propios de un público culto, en particular los cuentos a base de latines, que sólo pudieron tradicionalizarse dentro de unos círculos de clérigos y estudiantes, pero no hacerse folklóricos en el sentido estricto de la palabra” (“Cuento folklórico” 6). Se refiere a aquellos cuentos en los que se presenta a los estudiantes como ignorantes y tontos. Los estudiantes que por su holgazanería, falta de dedicación, o estupidez, no saben latín y son el blanco de burlas y chistes. Estas historias formarían parte de la tradición oral de los privilegiados, que por sus estudios serían capaces de entender los juegos de palabras en latín. Si bien presentan al estudiante negativamente se puede ver en ellos la intención de incentivar a los jóvenes a estudiar y aplicarse para no ser el hazmerreir de los demás.

La continuación de la representación peyorativa del estudiante nos plantea una serie de problemas. Si el fin de estas obras, o de la cultura barroca, es el control social, como plantea Maravall ¿por qué continuar una visión peyorativa de los estudiantes que, según Chevalier, en los cuentos tradicionales sirve de precaución contra esta ciudad letrada por parte de la masa popular? ¿Son estas imágenes representaciones de una realidad social?

La imagen negativa del estudiante, como ya se ha apuntado viene de la mano del origen mismo de esta representación, siendo buen ejemplo de ellas, la referencia que hace Juan Ruiz en su estrofa 1514 a haber compuesto cantares para “escolares que andan nocheriegos / y para los que corren las puertas andariegos” (Ruiz 212), que alude tanto a los estudiantes que salen a divertirse de noche, rompiendo las leyes de la universidad, y a los estudiantes que pedían por las casas. El escolar para finales de la Edad Media cuenta ya con su propio lugar en el panteón de los personajes tipo, junto al caballero, la dama, o el rey.

Como observa Chevalier:

El novelista del siglo XVI o del siglo XVII selecciona en efecto unos personajes. Pero su libertad, en muchas ocasiones, no pasa de esta opción primitiva. Nuestro novelista puede excluir de su libro venteros, pintores, ciegos, bulderos, arrieros, médicos, estudiantes, y casadas. Pero, en cuanto admite tales personajes, ya quedan definidos para él, porque ya se le imponen unos modelos arquetípicos delineados por la tradición oral y los

cuentos y chistes que acarrea la misma (Chevalier, “Cuentos tradicionales” 342).

Hay que entender, entonces el arquetipo del que habla Chevalier partiendo de la definición dada por Karl Jung:

“The primordial image, or archetype, is a figure – be it a demon, a human being, or a process – that constantly recurs in the course of history and appears wherever creative fantasy is freely expressed. Essentially, therefore, it is a mythological figure. When we examine these images more closely, we find that they give form to countless typical experiences of our ancestors.” (“Relation” 552)

Como Jung, Chevalier, presenta este arquetipo como, esta figura mítica, que todos poseemos, se acaba imponiendo en el proceso de creación artístico. El subconsciente del autor acaba otorgando a sus personajes unas características condicionadas por las imágenes arquetípicas de este. “The creative process ... consists in the unconscious activation of an archetypal image, and elaborating and shaping this image into finished work.” (Jung “Relation” 553). Pero frente al arquetipo jungiano, el estudiante arquetípico es por tanto una recolección de todas estas representaciones de la tradición oral medieval, y no se remonta a un pasado primigenio del hombre, como defendería Jung.

La representación estudiantil entonces no deja de ser un conjunto de “mitos” o ficciones y no una imagen de la realidad de la vida del escolar. Sería por tanto una continuación de una serie de valores ya asentados en la tradición y no parte del discurso ideológico barroco. Según la teoría de la cultura de Williams, un elemento residual es

aquel que “at some distance from the effective dominant culture, but some part of it, some version of it ... will in most cases have had to be incorporated if the effective dominant culture is to make sense in these areas” (Williams 1284). El estudiante, como los otros tipos, sería por tanto, un elemento residual en la cultura barroca. Un elemento que sin embargo, se revitaliza al ser empleado en las obras picarescas y que incorpora sus caracteres folclóricos, residuales, a un tipo emergente, el pícaro, con “new meanings and values, new practices, new relationships” (Williams 1284), y que además viene a representar en el mundo literario la preocupación intelectual ante los problemas sociales en la época barroca.

EL ESTUDIANTE Y LA NOVELA PICARESCA.

Él era andaluz, y de los de la
playa de San Lúcar, no menos
ladrón que Caco, ni menos
maleante que cualquier
estudiante o paje.

(Cervantes Don Quijote 37)⁹

Como ya se ha mencionado con anterioridad, la crítica ha resaltado en numerosas ocasiones el estrecho vínculo que se formó entre la vida estudiantil y la vida del pícaro a través de la representación de ésta que se hace en este género.

Entendemos como novela picaresca el género novelesco surgido en la segunda parte del siglo XVI, habiendo autores, como Frank Chandler que presentan como obras predecesoras a esta forma episódica de narrativa, algunas obras clásicas. En su estudio The Literature of Roguery¹⁰, Chandler señala que “The Greek . . . and its Latin heirs had laughed at the rascal as parasite and witty slave, the Greek novels had exhibited him as valorous robber and pirate” (6). El Satiricón (50 a.C) de Cayo Petronio, o El Asno de oro, de Lucio Apuleyo, son dos ejemplos de este tipo de narrativa en la tradición romana. Si bien en su habla de estas obras predecesoras, Chandler, reconoce el origen claramente español del género picaresco, que presenta escuetamente en la introducción.¹¹ La mayoría de los autores más contemporáneos, Bataillon, Parker, Montser, han tratado de resucitar

la importancia de la picaresca española en el origen de este género en la cultura occidental.

El origen de la picaresca española es aún un tema controversial, por la falta de consenso para señalar una primera obra, habiendo críticos, como Fernando Lázaro Carreter o Claudio Guillén, que la sitúan en el Lazarillo de Tormes, y otros, como Alexander Parker, que la sitúan en El Guzmán de Alfarache. Parker, mantiene la postura de Rafael Salillas,¹² defendiendo que “Lazarillo no es pícaro y que el primer pícaro literario bautizado así por los lectores es Guzmán de Alfarache,” (Pícaros 17). En Los Pícaros en la Literatura, Parker propone, basándose en la portada de la primera edición de La pícara Justina, que si bien el Lazarillo se acerca a la nave de la vida picaresca, no es picaresca. Para Parker, el Lazarillo es un “precursor de este género” (Pícaros 13), al igual que La Celestina, pero al contrario que ésta, Lázaro y la novela de su vida, bogan en diferente bote. Hablando del género picaresco, Lázaro Carreter comenta:

Se ha intentado caracterizarlo desde perspectivas morales, psicológicas, sociales, y hasta con distingos del código penal, y siempre se topa con excepciones que, desde otra perspectiva, no lo serían. Se discute, o se niega incluso, el valor distintivo de su característica formal más constante: el relato en primera persona; y ni siquiera hay acuerdo sobre el origen de esta literatura, situándola en el Lazarillo unos, y otros a la altura del Guzmán (“Revisión” 27).



Fig. 2. Portada de la primera edición de La pícaro Justina (Parker Pícaros 32).

Considero que para encontrar una solución hay que remontarse al mundo barroco y la recepción que estos libros tuvieron. Tal vez el primer crítico que menciona este género en cuestión es Ginés de Pasamonte, el personaje pícaro que aparece en varias ocasiones en *Don Quijote de la Mancha*. Ginés, en su primera aparición, como galeote, habla de hacer un libro sobre su vida que quiere titular *La vida de Ginés de Pasamonte*, y que según dice: “Es tan bueno ... que mal año para Lazarillo de Tormes, y para todos cuantos de aquel género se han escrito o escribieren. Lo que sé decir a voacé, es que trata verdades, y que son verdades tan lindas y tan donosas, que no puede haber mentiras que

se igualen” (Cervantes Don Quijote 173-74). Como Guillén presenta, Cervantes, por medio de su personaje crea una relación entre el Lazarillo y el Guzmán de Alfarache pese a no mencionar a éste directamente. Al igual que Guzmán, Ginés quiere escribir su vida desde su posición de galeote. Otro punto que los une es el título que Ginés quiere poner a su obra, a imitación de la de Mateo Alemán (Guillén “Genre and Countergenre” 76-77). Si tomamos esto, junto con la portada de la primera edición de La pícaro Justina, podemos concluir que pese a las diferencias entre estas obras, los lectores barrocos crearon un nexo entre ellas. Aunque el Lazarillo no hubiera sido mentada como una obra picaresca en su época, sí se consideró como un antecesor del género e incluso como parte de él.

Los múltiples acercamientos al estudio de la picaresca presentan otro problema: la dificultad de definir el personaje pícaro y por tanto el género picaresco como tal. El término pícaro ha cambiado durante el tiempo, no sólo en su uso en la España de la época Moderna, desde el Guzmán (1604) hasta el Estebanillo (1646), sino también por la gran cantidad de usos que el término ha tenido en el mundo académico.

Lázaro Carreter comenta que el vocablo pícaro se emplea comúnmente para definir a un “individuo sin oficio desastrado, disponible siempre para trabajos subalternos, que mueve a aprensión por su miseria y porque su falta de principios lo hacen sospechoso de delinquir” (“Revisión” 40). En el caso del personaje literario esto se extiende al cubrir el pícaro todo un abanico de empleos y situaciones en su vida (ganapán, sollastre y pordiozero, criado, estudiante, falso caballero y estafador).

En el caso del personaje literario, como Claudio Guillén presenta en “Toward a Definition of the Picaresque,” éste, “becomes a pícario through the lessons he draws from his adventures” (84). Como el mismo Guillén enfatiza, son las fortunas e infortunios, los que marcan a este personaje durante su vida “The picaresque novel, then, offers a process of conflict between the individual and his environment, inwardness and experience, whereby one element is not to be perceived without the other” (Guillén “Definition” 85). La novela, como representación de esta vida, no es una colección de las tretas e ingenios de un personaje, como es el caso de las biografías de criminales o los Jest-books que desde el Renacimiento surgen en Inglaterra, 13 sino que es un testimonio de los cambios por los que pasa el pícario, en su afán por sobrevivir. Como Guillén presenta, los personajes pícaros “grow, learn, and change” (“Definition” 86) en respuesta al rechazo social. El pícario es un personaje que tiene un origen humilde, “hijo de padres sin honra” (Lázaro y Tusón 84), que pese a sus intentos de ascender socialmente y mejorar su existencia no logra cambiar su miserable situación porque la suerte no está siempre de su lado (Lázaro y Tusón 84). Guillén observa, está sólo en el mundo y se ve obligado a buscarse la vida, muchas veces desde la niñez, lo que hace que crezca sin adaptarse a las normas sociales o morales (“Definition” 86), lo que no lo convierte en un ser amoral, o de una corrupción total. Como Edward Nagy describe “el pícario cumple confiadamente sus deberes con Dios y la religión” (58), sabiendo perfectamente que sus fechorías van en contra de la ley terrenal y divina, sin embargo su supervivencia o su afán de ascenso lo llevan a justificar sus faltas, ya sea por su necesidad, o ya sea por su “humanidad” (aludiendo su imperfección y debilidad de mortal). Como explica Elsa Dehennin, el personaje pícario tiene una personalidad ambigua que presenta “dos naturalezas” que le

permiten pasar “sin lucha interior de un estado de pecado a un estado de sabiduría (y viceversa)” (252).

La clasificación de una novela como picaresca, como ya se ha mencionado, es controversial. Ulrich Wicks en su ensayo “Pícaro, Picaresque: The Picaresque in Literary Scholarship” resalta, que el género picaresco ha sido “well-known and widely used phrase of literary terminology and yet it is, after nearly a century of scholarship on the subject, still a very problematic literary concept” (23). A su vez, Roberto González Echeverría observa que tratar de aplicar el concepto de género picaresco es “futile” (16). Ciertos problemas surgen a la hora de definir “lo picaresco.” En primer lugar, no hay un acuerdo entre los críticos, premiando cada autor ciertos elementos, frente a otros, como ya se ha explicado, pero hay ciertos elementos estructurales que se subrayan en las obras que se adscriben a este género. Uno de estos elementos es la forma pseudo-autobiográfica de la novela la cual analizan y destacan Castro, Guillén, Lázaro, Rey, Molho, Rico, etc. Esta forma permite al lector participar de las aventuras y desventuras de pícaro a través de la perspectiva de éste, lo que hace que el punto de vista del lector sea “partial and prejudiced” (Guillén “Definition” 87). Otro de estos elementos que Guillén, junto con otros autores, destaca es la estructura episódica de las novelas. Por último, las obras picarescas se encuentran enmarcadas en la realidad de su momento, una realidad social, económica y moral que hacen de la historia o vida del pícaro una representación mimética del ethos de la España barroca. Esta mimesis hay que entenderla como un reflejo distorsionado, como presenta Barbara Fuchs donde el efecto de distorsión lo establecen los ojos del pícaro, a través de los cuales se nos presentan y critican unas realidades.

Tal vez el mayor inconveniente a la hora de establecer una descripción genérica con unas características delimitadas son las propias obras, cuyos elementos varían, sin que haya unos elementos que persistan incondicionalmente en todas. Comparto con Lázaro Carreter la opinión de que la novela picaresca no se puede concebir como “un conjunto inerte de obras relacionadas por tales o cuales rasgos comunes, sino un proceso dinámico, con su dialéctica propia, en el que cada obra supuso una toma de posición distinta ante una misma poética” (“Revisión” 29).

En contra de la rigidez de la concepción tradicional de género, coincido con el acercamiento que Wicks propone, siendo éste, un acercamiento más flexible, el “*modal approach*.” Wicks, aplica la teoría de “*fictional modes*” de Robert Scholes, en la que las diferentes formas de ficción se encuentran en un “spectrum of fictional possibilities” (“Nature” 240)¹⁴. En este espectro una obra se consideraría más o menos picaresca dependiendo de la cantidad de características picarescas que incluya. Una novela se consideraría plenamente picaresca si el total de sus características “collectively gives us what we might call the ‘total picaresque fictional situation.’” (“Nature” 243). Este método nos proporciona unos parámetros para el análisis y comparación de atributos picarescos, no sólo en las obras que tradicionalmente se consideran como tales, sino también en obras que pertenecen a otros géneros de narrativa de ficción, como pueden ser los episodios de Ginés de Pasamonte en Don Quijote, o algunas novelas ejemplares, como La Gitanilla o Rinconete y Cortadillo, donde se presentan algunos elementos de vida de los pobres, “desheredados,” vagabundos y pícaros.

En este estudio se tratará de aplicar este “modal approach” a las características o motivos claramente estudiantiles en las obras. La concentración en las características del estudiante permitirá analizar estos atributos comparándolos con ver la permanencia de aquellos atributos ya destacados en los cuentos tradicionales, a la vez que ver las transformaciones que se produzcan en ellos.

La vida del pícaro Guzmán de Alfarache, escrita por Mateo Alemán, se publicó en dos partes, la primera en 1559 y la segunda en 1605. Cada parte se divide en tres libros, haciendo un total de cuatro libros. Si bien, como ya se ha presentado la crítica se ha dividido a la hora de estimar ésta como la primera obra del género picaresco, esta obra es considerada por todos como la obra que puso este género en boga. Guzmán escribe su vida, desde su posición como galeote, no como una forma de justificar su fin, como hace Lázaro de Tormes, sino como una advertencia para los lectores. Como ya lo anuncia en el prólogo el mismo personaje: “Haz como leas lo que leyeres y no te rías de la conseja y se te pase el consejo; recibe los que te doy y el ánimo con que te los ofrezco” (Alemán Guzmán I 111). En efecto, en el libro nos encontramos una serie de aventuras en las que se presentan numerosos refranes, consejos y juicios sobre lo acontecido por parte del lector a su “curioso lector,” al que Guzmán pretende aleccionar. En esta obra, como comenta José María Micó, “la narración de sus experiencias tiene un fundamento religioso e ideológico evidente” (Micó 51). Muchos críticos se han opuesto a la visión de la obra como didáctico moral, como Carlos Antonio Rodríguez Matos, que defiende que “la atalaya no es un púlpito, sino un cúmulo de piedras con las que el Pícaro le hace la guerra a la humanidad, restándole honra, picarizándola o, como él dice, engolfándola” (6). Pese a la crítica a la moral y al didactismo, no podemos olvidar el contexto histórico

social en el que aparece esta obra. Micó, alude a la relación entre Alemán y los reformadores españoles del siglo XVI, que ya había destacado el crítico francés Edmond Cros (53). Alemán compartía con su amigo Herrera una preocupación por “la reducción y amparo de los mendigos del reino” (Micó 53). Estas palabras, tomadas de una carta de Alemán a Herrera, nos muestran el interés por lo que Alemán llama “la dialéctica de justicia y misericordia” (Micó 53) hacia los menos favorecidos. Partiendo de este contexto, y coincidiendo con Micó, la lección moral me parece ser el fin último de la obra, como expresa Hernando de Soto en su poema laudatorio a la obra:

En él se ha de discernir

Que con un vivir tan vario

Enseña por su contrario

La forma de buen vivir.

(Alemán Guzmán I 121).

Aunque como Joaquín Casaldüero desarrolla, se pueden ver dos etapas como estudiante en el personaje de Guzmán (136-38), este estudio se concentrará en el capítulo IV del libro tercero de la segunda parte, en la que, como anticipa el título del capítulo, “viudo ya Guzmán de Alfarache, trata de oír artes y teología en Alcalá de Henares, para ordenarse de misa, y, habiendo ya cursado, vuélvese a casar” (Alemán Guzmán II 402), siendo la vida de estudiante universitario el objeto de análisis de éste.

La Vida del escudero Marcos de Obregón, segundo libro que se examinará, fue publicado por el músico Vicente Espinel en 1618. La obra se divide en tres partes o

relaciones, como Espinel las llama, cada una dividida en descansos (24 en la primera relación, 14 en la segunda y 26 con un epílogo en la tercera). Muchos críticos, entre ellos George Haley¹⁵ y Valbuena Prat,¹⁶ han visto en los episodios de la novela episodios autobiográficos de la vida de Espinel, como son por ejemplo los nombres de los profesores de la Universidad de Salamanca que menciona en la obra, que eran profesores cuando él estuvo estudiando. La obra se publicó durante el auge de la picaresca como género, lo que explica la adaptación de ciertos aspectos de la obra a imitación de la picaresca, pero como Parker indica Marcos es un personaje que demuestra una sabiduría y una “serena experiencia” (Pícaros 101) de un hombre de muchos años, además de “un personaje que se las ingenia para enderezar entuertos o para tratar a los pícaros con sus mismas armas, pero que de suyo no es un pícaro” (Pícaros 101). No hay en Marcos un crecimiento o avance psicológico, como ocurre en el caso de Lázaro o Guzmán, Marcos se presenta desde su juventud ya como una persona sabia y prudente, que no presenta el conflicto entre el comportamiento amoral, huyendo de éste, e incluso criticando este comportamiento impropio. Como apunta María Soledad Carrasco Urgoiti Marcel Bataillon en su libro Pícaros y picaresca llega a caracterizarlo como un personaje antipícaro en el que se representan los valores sociales dominantes (41). Como menciona Carrasco Urgoiti, pese a las diferencias de la Vida del escudero Marcos de Obregón con otras obras del género picaresco, ésta se incluye en todos los estudios sobre este género señalando sus singularidades, como hace Valbuena Prat (41-45). Para este estudio, se tomaran como objeto de observación los descansos once y doce de la primera relación, donde se trata la estancia del joven Marcos en la Universidad de Salamanca.

A la sombra de la gloria del género picaresco, en 1625 ve la luz la primera parte de Alonso mozo de muchos amos, o El donado hablador, apareciendo una segunda parte al año siguiente. El donado hablador fue escrita por el médico segoviano Jerónimo de Alcalá Yáñez y Ribera. En esta obra de forma dialogada, que Parker denomina como “seudopicaresca” (Pícaros 101), Alonso relata sus peripecias como siervo que busca el amo perfecto, siendo sus interlocutores un vicario del convento donde Alonso está, en la primera parte, y un cura de donde vive Alonso en la segunda. Valbuena Prat enfatiza el uso del diálogo en la obra como un reflejo de la influencia de los libros sacros, género de obras en el que Alcalá Yáñez se destacó. Si bien “Alonso degenerates into a patchwork collection of stereotyped images and situations drawn from earlier picaresque novels” (Bjorson 72), que presentan ciertos problemas sociales de la época, como en el caso de Marcos de Obregón, no presentan un conflicto personal para el personaje, cuyo comportamiento será siempre honrado que, como presenta Parker, elude el tema de la delincuencia (Pícaros 102). El Donado incorpora “gran cantidad de ejemplos y anécdotas, como las colecciones de ‘ejemplos’ antiguas o los coetáneos sermonarios” (Valbuena Prat 68-69), apareciendo entre ellas historias de santos y de milagros, con las que se pretende una lección moral.

Con el título de Historia de la vida del Buscón, llamado don Pablos, ejemplo de vagamundos y espejo de tacaños¹⁷ se publica en 1526 la única novela escrita por Francisco de Quevedo y Villegas. Si bien, la mayor parte de los críticos, Carrasco Urgoiti, Valbuena Prat, o Parker entre ellos, sostienen la existencia de ediciones manuscritas anteriores, no hay un acuerdo en la fecha concreta en que este libro empezó a

circular. El Buscón se divide en tres libros, estando el primero de éstos dividido en siete capítulos, el segundo en seis y el tercero en diez.

Parker destaca que:

El Buscón es, por su propósito y realización una obra esencialmente humorística. Con él culmina en la novela picaresca el estilo “bajo” o cómico y llegan a su perfección real los requisitos exigidos por Úbeda Pero contra lo que sucede en La picara Justina, el humor de Quevedo no está reñido ni es incompatible con un serio interés por el problema de la delincuencia, ya que no se expresa en un estilo festivo ni jovial, sino mordaz y sarcástico. (Pícaros 105)

El protagonista de la obra don Pablos es como tantos otros pícaros un joven de baja condición que narra una serie de episodios de su vida, sin embargo, como sostiene Valbuena Prat, esta es una “‘picaresca pura,’ sin episodios ni sermones morales” (“El Buscón” 20). En esta novela, Quevedo eleva al pícaro a su máximo estado, caricaturizándolo, a la vez que él presenta una perspectiva tan distorsionada y como el mismo. La obra está tan cargada de imágenes burlescas y sarcasmos que el trasfondo picaresco se pierde en los limes de realidad que habían conservado las obras de este género, dejando una obra compuesta por una serie de cuadros cuyos retruécanos y burlas toman la forma de imágenes picarescas, pues éstas son las que le convenían a Quevedo en su sátira social.

De la obra de Quevedo, emplearé en este trabajo el capítulo tercero, cuarto, quinto y sexto del primer libro, donde se relatan las malaventuras de Pablos junto con su

amo, don Diego, como pupilos de Dómine Cabra, su recuperación y viaje a Alcalá y las peripecias que tiene durante su estancia de estudiante de la Universidad.

LA VIDA ESTUDIANTIL EN LA PICARESCA.

MOTIVOS DE LA VIDA ESTUDIANTIL EN LAS OBRAS PICARESCAS

Solo en ver a un estudiante
Huyo cuatrocientas leguas
Pues son perores que los diablos,
¡Malditas sus mañas sean!
(El licenciado “Mendrugó”)¹⁸

Como ya he mencionado, la novela picaresca ha sido señalada por William Moseley como una de las fuentes literarias más importantes para conocer la vida de los estudiantes durante el Siglo de Oro (329). Sin embargo, no podemos olvidar que la perspectiva que se nos presenta no es una perspectiva imparcial e histórica. González Echeverría introduce una problemática moral de los siglos XV y XVII: “la imposibilidad de distinguir retóricamente la narración histórica de la ficción narrativa” (190). A partir de Aristóteles, se hace una clara división entre la realidad y la ficción, siendo la historia una descripción literal de la realidad, mientras que el arte es una mimesis de esta realidad, y por tanto sujeta a la ficcionalización. La subjetividad del historiador y el lenguaje discursivo de la narración histórica, de los que habla Hayden White (1383-97) no eran tomados en cuenta. González añade que durante el Renacimiento surgirán obras que presenten esta problemática. Como ejemplo pone “los ‘falsos cronicones’ que circularon en España desde 1594” y lo que él llama las “falsas ‘relaciones’ que son las novelas picarescas” (190-191). Con el Humanismo, en el campo literario se busca la verosimilitud

haciendo del Lazarillo (Rico, “Lázaro escudero”, 370), o de The Unfortunate Traveler, 1590, (Weiman 14-29) lo que algunos críticos sostienen como el nacimiento de una novela realista. Entendiendo el realismo como “la transposición artística “directa” de la realidad vivida,” que Chevalier defiende es una de las características que la literatura picaresca toma prestado del folclore y la tradición (Chevalier “Cuentecillo y novela corta” 338).

González Echeverría comenta que “El discurso histórico y de ficción difieren en el hecho de que al ser anunciados como tales despiertan diferentes expectativas, o sea diferentes esquemas de lectura” (192). Aún partiendo de la base ficcional de una obra literaria, ésta se puede situar en un marco histórico, los sucesos en la obra pueden ser narrados con veracidad, e incluso estar basados en acontecimientos históricos. Tal es el caso de la picaresca, que representa la sociedad y las formas de vida durante el Barroco. En su libro La picaresca desde la historia social, Maravall realiza un excelente estudio sobre este género, poniendo en paralelo la historia y el reflejo de ésta que aparece reproducido en las obras. Pero, si bien la literatura es una fuente más para el estudio de la historia, en el caso de la novela picaresca no se ha de olvidar que la perspectiva que se nos presenta es subjetiva. La novela picaresca se presenta desde la mirada del pícaro que en su discurso muestra una mimesis distorsionada de la realidad¹⁹. El estudiante en las obras picarescas es uno más de esos roles que el personaje pícaro adopta, pero no deja de ser pícaro y como tal nos representa una realidad desfigurada.

Partiendo de esto, se hará un análisis histórico de los motivos de la vida estudiantil que aparecen con más frecuencia en el género picaresco y que han llegado a

ser tópicos que se identifican con el estudiante. Se tratará además de dilucidar y determinar aquellos elementos que, provenientes de la tradición del cuento oral o de la poética de su época, que se desliguen de la realidad del estudiante tales como: la tipología del estudiante, la vivienda, las relaciones con las mujeres, la vestimenta, las novatadas y las diversiones de los estudiantes. Para ello se presentarán aquellos motivos de vida estudiantil que aparecen en las obras picarescas. El acopio y contraste de dichos motivos con la realidad histórica, permitirá darnos una idea de la veracidad mimética de éstos.

Como ya apunta Maravall, la toma de hábito por parte de los menesterosos cuando se produce un rechazo social ya proviene de la tradición goliárdica medieval. (Literatura picaresca 343). Los goliardos son “clérigo[s] o escolar[es] ajuglarado[s] (“clericos ioculadores”) de vida desordenada, dado[s] a los placeres de la mesa (gulosos) y la carne (lujuria) (Morán, García y Cano 31). Morán, García y Cano nos hablan de cómo estos goliardos surgen de las “Scholas” abaciales y cardenalicias en toda Europa, siendo el antecesor directo de los estudiantes universitarios.

Esta toma de hábitos aparece en la segunda parte del Guzmán de Alfarache, donde el personaje claramente presenta su intención, y a la pregunta de “¿qué tengo ya de hacer para comer?” (Aleman 406) contesta con:

acogerme a sagrado ... Yo tengo letras humanas. Quiero valerme de ellas oyendo en Alcalá de Henares, pues la tengo a la puerta, unas pocas de artes y teología. Con esto me graduaré. Que podría ser tener talento para el púlpito, y, siendo de misa y buen predicador, tendré cierta la comida y, a

todo faltar, meterme a fraile, donde hallaré cierta. (Alejandró Guzmán II 406).

Así, como se ve, el estudio es un factor de mejora en su vida picaresca. Como se puede observar en los múltiples ejemplos literarios, el estudio estaba reconocido, como se presenta en La verdad sospechosa, como “la mejor puerta/ para las honras del mundo” (Alarcón 47). En el caso de la picaresca podemos ver como tanto Marcos de Obregón, como Hernando Trapaza son enviados por sus familias a estudiar. En el caso de Trapaza, es su abuelo, un labrador, quien sacrifica sus bienes para que su nieto vaya a la Universidad de Salamanca para que “oyese cánones” (Castillo Solórzano 1429). Según afirma Torremocha “fueron muchos los labradores de Castilla que ... [como el abuelo de Trapaza] insistieron en que sus hijos estudiaran para mejorar socialmente” (105).

Marcos de Obregón, que, como presenta el título de la obra Vida del escudero Marcos de Obregón, pertenece a la hidalguía, presenta otra realidad. Maravall afirma que, Marcos de Obregón “pese a su pobreza, ... podía recibir toda clase de mercedes de naturaleza nobiliaria ya que legítimamente podía ser ordenado caballero (Literatura picaresca 378). Vemos por tanto como se reproduce en la literatura el deseo de medro social, en este caso a través de las letras, que tratamos al hablar de la sociedad.

Moseley apunta: “Evidence demonstrates a most democratic atmosphere existed in the universities of Spain in the Golden Age. Students from all classes of society attended the universities, from very rich with their own houses and servants to the very poor with little or no financial help” (332). Había quien pertenecía a la monarquía o la alta nobleza; Felipe II envió a su hijo Carlos y a su sobrino Alejandro Farnesio a estudiar

a Alcalá, mientras que Enrique Guzmán, conde de Olivares, manda a su hijo Gaspar a Salamanca. Pero, como apuntan las fuentes históricas, la mayoría pertenecía a clases que podíamos llamar intermedias, con ciertas posibilidades económicas: propietarios urbanos y rurales, hidalgos y caballeros, cargos burocráticos, etc. Tal sería el caso tanto de Hernando de Trapaza como de Marcos de Obregón, siendo el primero nieto de un labrador con dinero y el segundo hijo de un hidalgo empobrecido, en ambos casos, como la mayoría de los estudiantes de la época dependen de las ayudas que les proporcionan más o menos regularmente la familia o algún benefactor, generalmente un pariente que se ha comprometido a hacerse cargo de su educación, como es el abuelo de Hernando de Trapaza. En estos casos pueden darse momentos de pobreza temporal, especialmente si el alumno gasta en diversiones por encima de sus posibilidades económicas. La falta ocasional de dinero los obligaba a: empeñar parte de sus bienes personales, a pequeños hurtos y a esperar ansiosamente la llegada de los *recueros*, es decir, los arrieros que podían traer de su casa familiar la indispensable ayuda, como es buen ejemplo la queja de Alonso ante el modo de vida de sus señores, donde comenta que:

venidos los martes y sábados acudían mis estudiantes a la estafeta, recibían las cartas, y encendida una vela, las iban leyendo y quemando hasta llegar a la letra que decía: El arriero lleva dineros, tocino, etc. Entonces era el matar el fuego, guardar las cartas, y esperar por horas el venidero amparo de sus trampas (Alcalá 19).

Pero también hay estudiantes pobres para los que subsistir es un problema cotidiano. Los menos afortunados se confunden en el submundo de los aventureros,

pícaros y vagabundos y recurren a obtener el título de mendigo. El rey Carlos V ya había regulado que los estudiantes podían pedir limosna con permiso del rector o del juez eclesiástico de la diócesis en que se encuentre el centro. De esta manera los estudiantes podían tener derecho también a la *sopa boba* que repartían los conventos entre los mendigos. Por esta razón a estos estudiantes se les llamó “sopistas.” El término sopista o tuno, o tunante, como explica Torremocha, llegó a ser considerado un insulto por los mismos estudiantes (252).



Fig. 3. Imagen de estudiantes sopistas a la puerta de un convento. Grabado del “Romance del estudiante tunante,” siglo XVII (Morán, García y Cano 30).

Algunos criados de estudiantes se matriculan en la Universidad con el único propósito de acompañar a sus señores. Entre estos estudiantes nos encontramos tanto a Alonso de que al servicio de “cuatro mancebos bien aderezados” que iban a Salamanca a estudiar, o a Pablos de que acompaña a Don Diego tanto en su pupilaje bajo el Domine Cabra, como en su estancia en la Universidad de Alcalá. Este grupo según cuenta Estévez Scott, al no tener ningún interés en el estudio pasaban el tiempo jugando a los naipes o

alborotando. Estévez Scott anota, tomando de la Historia pragmática e interna de la Universidad de Salamanca de E. Esperabé Arteaga, “el título LVIII de los estatutos de la Universidad de Salamanca ordenaba que en las escuelas hubiese un alguacil para que impidiera el bullicio que los pajes de los estudiantes hacían, jugando y estorbando a los demás estudiantes” (181). Don Pablos personifica a este paje de estudiante, siendo su estancia en Salamanca una recolección de la “vida airada” que lleva, aunque también Dominguillo, Domingo de Vargas, el criado de Trapaza, puede verse en tal rol.

Como vemos, las obras picarescas, si bien están centradas en general en individuos de baja clase, muestran un gran abanico de individuos y ambientes. En el caso de los estudiantes, si bien la perspectiva como narrador es de un estudiante de bajos recursos, no deja de presentar a otros estudiantes de vida más pudiente, como son los amos de Alonso o don Diego en el Buscón, representando la diversidad tipológica estudiantil que como vemos era una realidad social en la universidad del momento.

La vivienda aparece como una de las preocupaciones del estudiante en las obras picarescas. La mayoría de los estudiantes no son naturales de la localidad donde se ubica la Universidad y las plazas en los Colegios ya hemos dicho que eran escasas, y en muchos casos en manos de las clases privilegiadas, como es el caso de los caballeros de México con los que entabla amistad Hernando de Trapaza cuando éste llega a Salamanca y que se quedan tras el curso en la ciudad pretendiendo dos becas (Castillo Solórzano 1431). El alojamiento estudiantil era muy variado. Había estudiantes integrantes de las distintas órdenes religiosas que vivían en los conventos y a los que se les designaba según el color de su vestimenta: golondrinos a los dominicos, pardales a los franciscanos, tordos

a los jerónimos, etc. Hay también estudiantes que pertenecen a las grandes familias y que se instalan en una casa comprada o alquilada acompañados de una numerosa servidumbre personal. Tal es el caso de Gaspar de Guzmán, futuro conde-duque de Olivares, que llega a Salamanca para estudiar en su Universidad a la edad de 14 años y que “had in his employ no less tan fifteen servants” (Moseley 332). Ninguno de estos casos aparece reflejado directamente en la novela picaresca, siendo sus personajes elementos de una diferente condición social o económica.

Los estudiantes de la época, en su mayoría, alquilan una casa y organizan la vida solos o con alguna ayuda para el servicio doméstico, a esto se le denomina compañías o repúblicas de estudiantes (algo parecido a los pisos de estudiantes en la actualidad). Alonso, así, formaría parte de esa ayuda doméstica a la república donde están sus amos.

Una de las opciones de alojamiento que aparece repetidas veces en la picaresca es "el pupilaje," muy famoso durante el siglo XVI. El pupilaje eran pensiones donde vivían estudiantes bajo la tutela de un bachiller debidamente autorizado por la Universidad. Los pupileros, en un ambiente de austeridad y estudio, debían proporcionar a sus encomendados no sólo lo necesario materialmente (apoyento, comida, limpieza, etc.) sino que además se encargaban de vigilar sus lecciones e incluso su moral y conducta. Según Torremocha “el pupilaje desaparece prácticamente con el siglo XVI (42), aunque en la hospedería estudiantil perduran formulas más clásicas: o bien se contrata solamente una cama en una habitación sin más servicios, son los llamados "camaristas," o bien, generalmente en grupo, se alquilan, aparte de la cama, otros servicios como limpieza,

comida, etc. que realizan los caseros o algún criado o ama y se conocen entonces como "gubernaciones."

Mateo Alemán nos presenta la preocupación de Guzmán ante las posibilidades de hospedaje. Dice Guzmán que una vez llegado a Alcalá se quedó perplejo “no sabiéndome determinar por entonces a cuál me sería mejor y más provechoso, ser camarista o entrar en pupilaje” (Alemán Guzmán II 413). Guzmán empieza criticando tanto la vida de pupifero, por la miseria y pobreza con la que los pupiferos tratan a los pupilos, como la vida de camarista, donde las amas “¡Qué liberales y diestras están en hurtar y que flojas y perezosas para el trabajo! ¡Cómo limpian las arcas y qué sucias tienen las casas!” (Alemán Guzmán II 416), decidiéndose finalmente en el pupilaje que como dice “sufrirlo por no sufrirlas” (Alemán Guzmán II 421). El pupilaje también tiene un papel destacado en el Buscón, donde Pablos sufre, junto con su señor, don Diego, los “cuidados austeros” del Domine Cabra. Como Chevalier demuestra en “De los cuentos tradicionales a la novela picaresca,” en la obras del Siglo de Oro se repiten motivos satíricos y chistes sobre la vida en pupilaje y sobre la mala alimentación de los estudiantes (338). Chevalier concluye que estos motivos serían comunes en los ambientes universitarios y serían recogidos por autores como, Mateo Alemán y Francisco de Quevedo, pero también por sus predecesores, como Cristobal de Villalon, en El Scholastico, Luis Pinedo en el Liber facetiarum, Sebastian Horozco, en su Cancionero, Melchor de Santa Cruz en la Floresta española (Chevalier “Cuentos tradicionales” 338), o Juan de Arce de Otálora en Los Coloquios de Palatino y Pinciano. Ejemplos de estos motivos que Chevalier apunta y se ven en estas obras picarescas son:

1. El pan como piedra²⁰ que Guzmán dice daban “rebanado el pan por evitar desperdicios, dándonoslo duro, porque comiésemos menos” (Alemán Guzmán II 414).
2. El “vino de la pasión,²¹ con dos orejas,²² que [Guzmán dice] “nos dejaba el gusto peor que de cerveza” (Alemán Guzmán II 416).
3. El caldo tinte,²³ que Guzmán describe como “propio para teñir tocas” (Alemán Guzmán II 415).²⁴ Sobre el caldo en casa del Domine Cabra Pablos comenta que “trujeron caldo en unas escudillas de madera, tan claro, que en comer de ellas peligrara Narcisa, más que en la fuente” (Quevedo 47), presentando la extrema claridad del líquido.
4. El garbanzo huérfano²⁵. Elemento que emplean tanto Alemán, como Quevedo. Guzmán comenta: “pues ya si es día de pescado, aquel potaje de lantejas, como las de Isopo,²⁶ y, si de garbanzos, yo aseguro no haber buzo tan diestro, que sacase uno de cuatro zambullidas” (Alemán Guzmán II 415). Pablos, hablando de cómo su amo y los otros pupilos comen, dice: “Noté con ansia que los macilentos dedos se echaban a nado tras un garbanzo güerfano y solo que estaba en el suelo” (Quevedo 47).
5. La viruta de queso.²⁷ El pupilero de Guzmán “daba para postre una tajadita de queso, que más parecía viruta o cepilladura de carpintero, según salía delgada, porque no entorpeciese los ingenios (Alemán Guzmán II 414-15).

6. La comida eterna,²⁸ que según Pablos comieron su amo don Diego y los demás pupilos en casa del domine cabra, ya que como él dice fue “sin principio ni fin” (Quevedo 47).

Si bien las miserias de la vida pupilar aparecen reflejadas en las novelas picarescas, así como en la tradición literaria y oral anterior, la realidad parece ser distinta. La representación de los alojamientos estudiantiles ha sido peyorativa, ya que como dice Torremocha, “la Universidad supervisaba personalmente las casas que sus matriculados tomaban como residencia, al margen de otro tipo de controles. El rector era la máxima autoridad en cuestiones de alojamiento, tanto en lo concerniente a los alojados como a los alojadores” (44). Además como se puede observar en la Instrucción para bachilleres de los pupilos de 1538, que García Mercadal presenta, las universidades imponían una serie de normas a los hospederos de los estudiantes para velar por la moralidad, el bienestar y el estudio de los pensionistas (69-72). Vemos, en este caso, como las obras picarescas obedecen a los tópicos de vida estudiantil preexistentes a la época, y se alejan por tanto de la realidad histórica.

Como ya vimos, Guzmán reniega de la vida de camarista por huir de los “cuidados” de las amas. Él mismo habla de un ama que “sisaba siempre de todo lo que se le daba un tercio, porque del carbón, de las especias, de los garbanzos y de las demás cosas, cuando ya no podía hurtar el dinero, guardábalas en especie, y, en teniéndolo junto, nos lo vendía. Pedían para ello y gastaban de lo que había llegado” (Alemán Guzmán II 418). El mismo truco lo emplean Pablos y el ama de la casa donde se queda con su amo. Pablos menciona “que si se compraba aceite de por junto, carbón, o tocino,

escondíamos la mitad,” después pedían más dinero a los estudiantes que residían en la casa y “dábanmelos y vendíamoles la mitad sisada; y de lo que comprábamos sisábamos la otra mitad” (71). Guzmán se queja además que los hurtos “sabido para que lo hacían para o en que lo gastaban: era con el capigorrista²⁹ de sus ojos, a quien traían en el aire. Para ellos hurtaban el pan, cercenaban las ollas, apartando del puchero lo mejor y más florido” (Alemán Guzmán II 419). Una de las preocupaciones fundamentales de los estudiantes, como es natural a su edad, eran los amoríos por propia voluntad o previo pago. En este caso Alemán refleja en su obra las relaciones que Torremocha califica como “demasiado familiares” que como ella indica se producirían por “la convivencia continuada y familiar entre jóvenes estudiantes alejados de la autoridad paterna y las amas de posada, sobre todo las solteras y viudas” y que incluso llegarían a crear escándalos (60). No son extraños, por tanto, los casos de estudiante que mantienen relaciones más o menos duraderas con amas y sirvientas de posadas o con jóvenes de la localidad. García Mercadal dice que “se castigaba con diez días de cárcel el ir a casa de mujeres enamoradas, y con la misma pena y dos mil maravedís de multa el amancebamiento” (72). No deja de ser interesante, que sea la hija de un mesonero, la que aparte a Guzmán de sus estudios y con la que acabe casándose, abandonándolos. Torremocha mantiene que “eran muchos los padres que veían con buenos ojos el porvenir de los universitarios y aceptaban su inclusión en la familia aunque no hubiesen concluido sus estudios” (114), lo que se justifica teniendo en cuenta los beneficios económicos y sociales que un título podía significar. Nuevamente, tal parece ser el caso de Guzmán, que “tenido por uno de los mejores estudiantes della, [Universidad de Alcalá], y

acreditado de rico” (Alemán Guzmán II 425), cae en las redes de una mujer cuya “madre, buscaba yernos y las hijas maridos” (Alemán Guzmán II 429).

En el caso de la relación de los estudiantes con las mujeres, apreciamos por tanto, como la literatura picaresca emplea tópicos o motivos, que si bien basados en acontecimientos reales, no eran la norma, sino que eran acontecimientos singulares que se emplean precisamente por su capacidad de sorprender. Tal es el caso de la relación entre las amas y los estudiantes, que como Torremocha insiste “desembocó en no pocas ocasiones en una relación escandalosa” (60) de amancebamiento.

Según las fuentes históricas, la mayoría de los estudiantes tenían entre catorce y veinticinco años. Margarita Torremocha nos da cuenta de que en la Universidad de Valladolid había matriculados "niños de tan solo 10 años y adultos que rondaban los 50" (21). En las obras picarescas también se puede ver como los episodios estudiantiles coinciden con la juventud de estos personajes (Marcos, Trapaza, que como el abuelo nos informa “Hernando, ya tenéis quince años” (Castillo Solórzano 1429), Alonso, “que dice ser mozuelo de quince a dieciséis” (Alcalá 14), e incluso Pablos. El único de los pícaros que realiza sus estudios de adulto es Guzmán.

Uno de los elementos de la vida del estudiante que se repiten en los libros del género picaresco son las alusiones al traje estudiantil. Enrique Pérez Penedo en su estudio sobre la vestimenta estudiantil presenta los diferentes tipos de trajes que los estudiantes usaban, siendo éstos un claro distintivo de su estatus privilegiado que los separa del resto de la sociedad. El origen religioso de las primeras escuelas influyó decisivamente en la austeridad de este atuendo estudiantil compuesto por loba, manteo y bonete (Torremocha

132). La loba era una especie de sotana ancha con alzacuellos que llegaba hasta los pies (traje talar). El manteo era una larga capa de tela gruesa de la que se derivará el apelativo de “manteísta” con el que se conocía a los estudiantes en general para diferenciarlos de los colegiales. Guzmán se refiere a su transformación en estudiante como: “hice manteo y sotana” (Alemán Guzmán II 413), aludiendo al traje que como estudiante empleará. Los estudiantes manteístas y los colegiales se cubrían con un bonete similar al de los eclesiásticos con la diferencia de que éstos llevaban las esquinas del bonete hacia arriba y en los estudiantes las esquinas salían hacia fuera (Torremocha 133). Los colegiales llevaban además como elemento distintivo una beca o banda de tela colocada en ángulo sobre los hombros y el pecho cuyo color indicaba la pertenencia a un determinado centro y cuyo nombre se hizo extensivo a la pensión que disfrutaban.

Si exceptuamos los colegiales cuyas constituciones regulaban la forma de vestir, el resto de los estudiantes solamente estaba sujeto en su indumentaria a una serie de prohibiciones y van a ir adaptando su traje a los gustos de la época, algunos estudiantes, por ejemplo, van a empezar a usar chambergo en lugar de bonete o medias de colores. Las prohibiciones tenían por objeto la austeridad en el traje escolar excluyendo los materiales lujosos, así como los colores vivos. Lo habitual era que el hábito escolar fuera de color oscuro y si era negro se le daba el nombre de “hábito de San Pedro.”



Fig. 4. Imagen de estudiante manteísta de 1777. Grabado perteneciente a la colección de Roberto Martínez del Río y reproducido en la página de internet del Museo Internacional del Estudiante.

<[http://www.museodelestudiante.com/Grabados/Manteista1\(I\).htm](http://www.museodelestudiante.com/Grabados/Manteista1(I).htm)>

En lugar del manto y el bonete, los estudiantes pobres solamente pueden hacerse con una simple capa y una gorra por lo que son llamados “capigorriones” y más tarde, simplemente “gorriones,” de donde viene la expresión “vivir de gorra,” es decir a costa de los demás. Guzmán, menciona como siguiendo a unas mozas que iban a ponerse a merendar “burlando quise meterme de gorra” (Alejandró Guzmán II 425), aludiendo a

como le convidaron a lo que llevaban. Todavía hoy la Real Academia de la Lengua Española recoge la palabra capigorrón como hombre ocioso y vagabundo aunque la realidad es que hubo gorriones que demostraron ser muy aplicados como es el caso de Pedro Calderón de la Barca. Alonso, antes de encontrar a sus amos comenta como “había acabado de hacerme un vestidillo negro, hábito propio de estudiante gorrón” (Alcalá 15). Como recoge Cortés Vázquez, Covarrubias explica en su Tesoro de la Lengua castellana:

La gorra es cobertura de cabeza del hombre seglar, y antiguamente los criados de los estudiantes en Salamanca traían capas y gorras, de donde tomaron el nombre de capigorristas; pero como teniendo cursos era tan bueno Pedro como su amo en el voto algunas veces dan o quitan ellos las cátedras; y por eso el otro opositor en mi tiempo, les captaba la benevolencia diciendo: Los señores mis señores, que sirven a otros señores, mereciendo ser servidos, y yo les soy servidor. Hombre se capa y gorra vale seglar³⁰ (Cortés Vázquez 94).

Como ya se ha comentado estos estudiantes capigorriones para sobrevivir, pueden recibir alguna ayuda, siempre escasa, de sus padres o colocarse de criados de compañeros más afortunados, personas importantes, instituciones religiosas o Colegios Universitarios. Hay quien costea sus estudios trabajando de copista o dando clases de latín o gramática. Marcos de Obregón ilustra como conseguía ganarse sus dineros “por ciertas lecciones de cantar que yo daba” (Espinel 205-206). Algunos subsisten gracias a la dote obtenida por un matrimonio de conveniencia, se incorporan al estamento clerical o, simplemente, conviven con dueñas o mozas de posada. Guzmán, como ya se ha dicho

critica las amas por su convivencia con estudiantes (Alejandrino Guzmán II 419) y personifica él mismo la búsqueda del estamento clerical por necesidad.



Fig. 5. Capigorristas, tunos, por las calles al son de sus cantares y pidiendo limosna (Morán, García y Cano 62).

La vestimenta es durante el Siglo de Oro un motivo de preocupación especial, ya que ésta determinaba cierta condición. Autores como García Mercadal, Pérez Penedo y Torremocha presentan como los estudiantes aristócratas rompen con las normas de vestimenta estudiantil, para poder distinguirse de entre la masa de estudiantes. Los escolares además, tenían prohibido portar armas pero no era infrecuente que las llevaran escondidas, dado que el portar espada era símbolo de calidad. Los estudiantes cambiaban el hábito por la capa corta, los coloridos e incluso la espada. Buen ejemplo de esta imagen la podemos ver en La vida de Marcos de Obregón, que al partir hacia la

Universidad de Salamanca, dice que llevaba “una espada de Bilbao” (Espinel 182) que le da su padre y “una sotanilla y herreruelo negro de muy gentil veintidoseno” (Espinel 185). El propio Guzmán, que no presenta ninguna aventura estando de estudiante, menciona como se guardaban “la cota entre los colchones, la espada debajo de la cama, la rodela en la cocina, el broquel en el tapadero de la tinaja” (Alemán Guzmán II 424).

Como demuestran George Haley y Luis Rodríguez-San Pedro, la preocupación por la apariencia de los hombres del Barroco (y aún más a estas edades) queda patente en el diario de Gaspar Ramos Ortiz y en la crónica de Girolamo de Somaia, que dejan constancia en sus cuentas de un gran gasto en ropas, siendo en lo que más gastan, por encima de libros, manutención, o diversión (putas, teatro, etc.). En el caso de la picaresca el bachiller Trapaza nos presenta la importancia de la indumentaria en el mundo estudiantil. Hernando Trapaza, tras ganarse un dinero en el juego, en su viaje a la universidad, “parecióle que debía entrar en Salamanca con otro porte del que pensaba tener, ... [y así] volvióse en el camino yéndose a la noble Valladolid, donde hizo hacer dos vestidos muy galanes de camino y compró también una vuelta de cadena” (Castillo Solórzano 1431). Estos nuevos atuendos, y otros que añadirá tras tener otra buena mano, ya en la ciudad de Salamanca, ayudarán a Trapaza a hacerse pasar por caballero. Su vida cambiará cuando sea descubierto por un noble de su ciudad, Segovia, y además, le sean robadas sus pertenencias por unos estudiantes capigorriones que disfrazados van tocando por las casas. Trapaza mudará de forma de vida y de vestir a un tiempo, “sacando de la ropería el día siguiente un vestido de gorrón y otro para Varguillas” (Castillo Solórzano 1440); Varguillas es su criado, que a partir de entonces se convierte en su compañero de fechorías. Alonso nos pinta otro ejemplo al hablar de cómo los padres de sus amos

“dejaban de comer para que ellos anduviesen lucidos y no con menos adorno que los que tenían mayores rentas” (Alcalá 19). El uso de la vestimenta estudiantil en las obras picarescas obedece entonces, no solamente a la representación fehaciente de la realidad del estudiante, sino también a la necesidad de presentar la calidad de este estudiante.

Tal vez uno de los motivos estudiantiles que llama más la atención del lector y que se menciona en toda obra donde el pícaro pase por estudiante, es el recibimiento que se le hace a los nuevos. Tan común es la mención de estas novatadas a los nuevos estudiantes, que aludiendo al Licenciado Vidriera, Gerli llega a decir que uno de los casos que acercan la obra a la picaresca es la llegada de Tomás a la Universidad con sus amos (581). Como indica Torremocha: “los estudiantes tenían que pasar los primeros días por una serie de pruebas que a veces se caracterizaban por su dificultad, pero siempre por la humillación” (32). Moseley hace eco de la tradición de iniciación como una práctica “both brutal and repugnant” (331). De las novatadas hacen mención Alemán, Alcalá, Castillo de Solórzano y Quevedo. Alemán en boca de Guzmán, hace mención de ellas, junto con otras tradiciones y formas de vida estudiantiles cuan añorando un pasado glorioso: “¡Oh qué dulce vida la de los estudiantes! ¡Aquel hacer de obispillos, aquel dar trato a los novatos, meterlos en rueda, sacarlos nevados, darles garrote en las arcas, sacarles la patente o no dejarles libro seguro ni manteo sobre los hombros!” (Alemán Guzmán II 423).

La descripción de Quevedo y Alcalá son más crudas, siendo objetos de estas novatadas los propios personajes, Pablos y Alonso, que sufren un recibimiento “bucal³¹” casi idéntico. Alonso dice:

Conociérome por novato; pusiéronme cerco gran cantidad de aquellos estudiantes, comenzando a descargar en mí más saliva que suelen arrojar granizo las más preñadas nubes por el mes de marzo; y teniéndome en medio, como a blanco de sus travesuras, me preguntaban cómo quedaba mi señora madre y los señores hermanos, si llore al partirme de ellos, y si había traído algunas pasas o confites para desayunarme. Hiciéronme que subiese en la cátedra, no dejándome bajar hasta que les leyese alguna cosa, y al cabo me dieron por libre, de tal modo que mi negro ferreruelo salió más blanco que la nieve. Maravilléme yo de que unos mozos tan grandes como sus padres diesen en aquellas boberías; mas dábanme por respuesta que era costumbre antigua, y que todos pasaban por aquel rasero. (Alcalá 16-17)

Pablos, es sometido a la misma acogida que le deja, como él dice “nevado de pies a cabeza” (Quevedo 63). Sin embargo, como presenta Quevedo en la llegada a Alcalá, no todos los estudiantes pasaban por esta vergüenza, siendo algunos protegidos por alumnos veteranos, como es el caso de don Diego, que entra en la universidad “en su general” (Quevedo 62). Quevedo trata además otra forma de introducción del estudiante en su nueva comunidad, “la patente” que, como Torremocha explica, era un pago para ser aceptado o ingresar en un colegio o en una compañía (33). El pobre Alonso, teniendo peor suerte que Pablos tendrá que limpiar no sólo sus ropas, sino también las de sus cuatro amos estudiantes, que no se salvan tampoco de su bienvenida estudiantil (Alcalá 18). Estas novatadas son una costumbre estudiantil que según presentan los historiadores, como Torremocha o García Mercadal, continuaron pese a la prohibición por parte de las

autoridades universitarias. Las obras picarescas en este caso recrean una situación de la realidad social estudiantil, que si bien es, como dice el personaje de Alonso, una tradición antigua, su representación obedece a un impulso nuevo, la novela, que busca manifestar ficción en un contexto realista.

Las ciudades universitarias se veían claramente influenciadas por el mundo estudiantil constituyendo en algunas de ellas como en Salamanca, el eje sobre el que giraba la vida normal de la ciudad. De esta manera, para que los espectáculos públicos se pudieran armonizar con los estudios, se prohibían aquellos en épocas de exámenes. Los estudiantes, en sus muchos ratos de ocio (los días festivos llegaron a ser más que los no festivos) se divertían, como el resto de los jóvenes de la época con paseos, en tabernas y bodegas o en las fiestas locales o específicamente universitarias.

De las fiestas en las ciudades universitarias las más importantes eran las fiestas de graduación. La finalización de los estudios de bachiller, licenciado o doctor dan lugar a grandes fiestas en la ciudad que Estévez Scott nos describe citando a Esperabé Arteaga:

Dos días duraban los exámenes de doctorado y al son de los tambores y de las trompetas se veía desfilar en ordenada procesión cívica la facultad entera, el aspirante en unión de sus padrinos, los bedeles con sus mazas, el maestro de ceremonias que iba delante de todos abriendo marcha, y el maestrescuela y el rector cerrando la comitiva con un piquete a su lado de pajes a caballo. Todos vestían trajes de gala: los eclesiásticos con sus largas capas de lana montaban hermosas mulas ricamente enjaezadas, y los seculares airoso en corceles con sus dagas y espadas. Tan lúcida y

brillante cabalgata recorría las principales calles de la ciudad, en medio de un gentío deseoso de expansionarse y desde los balcones las damas salmantinas arrojaban flores y sobre todo una verdadera lluvia de confetis (Estévez Scott 11).

Tras el examen en la catedral, se ofrecía un banquete y una fiesta que podía incluir una corrida de toros. A todo ello hay que añadir los regalos a los examinadores y al pago a la comitiva, etc., con lo que la licencia y, sobre todo, el doctorado suponía para los candidatos enormes gastos con los que sufragar todo el ritual festivo.

En algunas fiestas los estudiantes se dedicaban a una general trasgresión de las normas mientras que el resto de los ciudadanos sufría con más o menos paciencia los insultos, humillaciones, alboroto y violencia con que estos jóvenes acostumbraban a divertirse aunque en ocasiones se llegó a un abierto enfrentamiento. Podríamos ver estos entretenimientos en la forma de las pillerías (hurtos) que realiza el Buscón estando en Alcalá, a las que él se refiere como “cosas graciosísimas” (Quevedo 74), o las descripciones de entretenimientos estudiantiles que hace Guzmán, donde nos habla de cómo los estudiantes corrían pasteles, rodaban un melón, volaban una tabla de turrón (refiriéndose también a robos), de cómo salían a dar una matraca, a rotular, a gritar una cátedra, a pelearse con otros estudiantes, a lo que Guzmán se refiere como dar una guerrilla (Aleman Guzmán II 422-23).

Otra forma de divertirse era salir en pandilla con instrumentos musicales a dar serenatas provocando con frecuencia altercados y escándalos nocturnos a pesar de que estaba expresamente prohibido para ellos estar en la calle a altas horas de la noche.

Ejemplo de estos grupos de estudiantes los tenemos en El Bachiller Trapaza, donde un grupo de estudiantes capigorriones, armados de instrumentos y bajo la protección brindada por unos disfraces asaltan la casa del Bachiller (Castillo Solórzano 1439). Tal vez el mejor ejemplo de este tipo de entretenimiento estudiantil es la ronda de estudiantes que se describe en La tía fingida, novela ejemplar que algunos críticos atribuyen a Cervantes. El autor de La tía fingida habla de cómo los estudiantes “acordaron de dallas aquella misma noche una música, que éste es el primer servicio que a sus damas hacen los estudiantes pobres” (Cervantes Tía fingida 327). Es interesante ver cómo ante la llegada de la justicia los estudiantes rondadores se preparan para un altercado: “Se hicieron todos una rueda y recogieron en medio del escuadrón el bagaje de los músicos, y como llegó la justicia, comenzaron a repicar los broqueles y a cruzir las mallas, a cuyo son no quiso la justicia dansar la dansa de espadas” (Cervantes Tía fingida 331).

Prohibidos estaban también los juegos de envite o azar y solamente estaban permitidos los domingos los juegos de bolos, argolla y pelota. Pero el juego, especialmente de naipes, era un vicio muy extendido entre los estudiantes hasta tal punto que algunos ellos se convirtieron en auténticos profesionales. Pese a estar prohibido, los estudiantes salían de noche para poder divertirse. El juego parece ser una de las diversiones que más auge tenían entre los estudiantes, no solamente por el reflejo que de éste nos presentan en las obras picarescas, sino también por aparecer recogido en diversas fuentes históricas. Como Maravall expone, el juego era un mal muy extendido en toda la sociedad desde 1550 a finales del Barroco (Literatura Picaresca 518-519). Es normal que este mal se proyecte en las obras literarias. Alonso se queja de la conducta de sus amos, pero especialmente de “el poco acudir en las escuelas, el quedarse en cama en viendo

llover o nevar, el demasiado juego” (Alcalá 19). Pero tal vez el máximo representante en este aspecto sea el Bachiller Trapaza, quien se inicia en el juego ya de joven, donde dice que más que el estudio o la poesía “cursaba en el libro de Juan Bolay³²” y al que expresamente le advierte su abuelo de las perniciosas consecuencias de este vicio (Castillo Solórzano 1429). Si bien es cierto que el joven Trapaza jugará en contadas ocasiones, el juego se acaba convirtiendo en su manera de costearse sus gastos, por lo que acaba aprendiendo de su criado, Domingo de Varguillas, el arte de “la fullería y toda flor³³” (Castillo Solórzano 1438). Haley, en su estudio de la vida de Girolamo de Somaia comenta como:

de las varias diversiones usuales que menciona [Girolamo], ninguna le seducía tanto como el juego: era un jugador empedernido, como los amigos con quienes se reunía muy a menudo para jugar a ‘bazzica’, ‘banco fallito’, ‘primera’, ‘travesar a pichetto’, ‘quince’, ‘al parare’, ‘chinola’, en los cuales arriesgaba sumas no desdeñables, amén del barato que daba a mirones. (46)

El teatro era otra afición de los jóvenes universitarios a pesar de que generalmente los claustros consideraban que suponía un grave peligro para la moralidad, especialmente por la promiscuidad de las cómicas. Las prohibiciones no consiguieron disminuir el entusiasmo que el teatro y las faranduleras ejercieron sobre los estudiantes que acudían incluso a los ensayos y provocaban en ocasiones altercados en las representaciones. En el diario de Girolamo de Somaia podemos ver como el teatro se cuenta entre las diversiones a las que se dedicaba.

Pese a la predominancia de esta serie de diversiones estudiantiles en obras como el Buscón, donde estos acontecimientos son lo único que se menciona de su estancia universitaria, la realidad es más cercana a la representación que nos da Guzmán, donde estos hechos ocurrirían en ocasiones puntuales. La diferencia a la hora de mostrar estos temas establece una diferenciación clave entre los personajes estudiantiles en la picaresca, siguiendo aquellos que solamente nos muestran esta diversión los tópicos del estudiante medievales (vagos, bribones, juglares, bufones, tracistas, etc.). En contra de estos vemos como hay otra forma discursiva, donde las diversiones, ocupan una posición secundaria, debido que su ocurrencia en la vida estudiantil es puntual, siendo las principales ocupaciones del estudiante sus quehaceres académicos.

Como ya vimos al hablar del alojamiento de los estudiantes, el hambre es uno de los tópicos que se repiten de la tradición cuentística medieval. Relacionado con ésta, nos encontramos las “astucias de los estudiantes por satisfacer el hambre” (Espinosa 247). Espinoza presenta en su estudio las diferentes tretas y artimañas que aparecen empleadas por los estudiantes en los cuentos folclóricos y tradicionales. Los estudiantes en la mayor parte de los casos tratan de lograr un beneficio, ya sea en metálico, ya sea en comida o bebida. El personaje estudiante, ya desde el Medievo, exhibe y anticipa ciertas características que normalmente vemos adscritas al personaje pícaro, como el hambre, la búsqueda de un beneficio y el uso del ingenio para lograrlo a través de ardides. En las obras picarescas ya en el viaje de los estudiantes pícaros hacia la universidad, se ven en muchos casos prevenidos ante el “ingenio estudiantil,” tal es el caso de Alonso que hablando: “las travesuras que por el camino hacían... haciéndome a mi encubridor” (Alcalá 16) sus amos estudiantes, que “Por nosotros debió de decirse que era tanto lo que

sentían en la casa de donde salimos, que siempre quedaban llorando los dueños della por nuestra partida” (Alcalá 16). Pablos también es testigo de cómo dos estudiantes que describe como fregones, de los de mantellina, buscando trazas para engullir” (Quevedo 55), consiguen “comer de gorra,” de su amo, e incluso invitan al ágape a unas damas.

En la figura picaresca del estudiante, como se ha presentado, se mezclan elementos reales de la vida del escolar, con otros provenientes de los relatos tradicionales. A continuación se realiza un análisis de los personajes pícaro-estudiantes en las obras escogidas.

VIDA DE ESTUDIANTE DE GUZMÁN DE ALFARACHE.

Como ya se ha presentado, Guzmán, al contrario que otros personajes picarescos, llega a su posición de estudiante en una edad avanzada, tras la muerte de su primera esposa. Guzmán busca a través de sus estudios una posición en el clero que le permita vivir sin pasar hambre. No busca ni riquezas, ni ascensión social, solamente una estabilidad mínima que le permita sobrevivir, como se puede ver en su resolución de “a todo faltar, meteréme a fraile donde la hallare cierta [la comida]”, si como predicador no puede conseguir comida (Guzmán II 406). Guzmán también busca reparar su vida y librarla de cualquier peligro “en que alguna vez me podría ver por los casos pasados” (Guzmán II 406). Pese a que en primera instancia pareciera que trata de salvar su alma, Guzmán de lo que habla es de escapar a la justicia. Como se ha mencionado más arriba, los estudiantes no podían ser juzgados por la ley regular. Tanto como estudiante, como por clérigo, que también tienen un tribunal de justicia independiente de la ley regular, Guzmán pretende salvaguardar su vida y no su alma, lo que queda aún más claro al aclarar éste su falta de vocación “¡que tratase de hacerme religioso teniendo un espíritu escandaloso!” (Guzmán II 407).

Guzmán se logra costear los estudios con el dinero que obtiene de su casa en Madrid (Guzmán II 406), que como el mismo presenta le permite no sólo asistir a la universidad y pagarse el alojamiento de pupilo, sino también hacerlo en calidad de

estudiante manteísta: “hice manteo y sotana” (Guzmán II 413), permaneciendo en la universidad por seis años. Como ya se ha discutido más arriba, ante Guzmán se presenta la opción de entrar de pupilo o de ser camarista. Guzmán presenta largamente los inconvenientes de ambas opciones. Hablando del pupilaje presenta las miserias y el hambre llegando a decir que les dan “las uvas partidas en gajos, como en las merienditas de los niños, y todas en un plato pequeño, donde quien mejor libraba sacaba seis” (Guzmán II 414) o que la comida es tan corta que al “echar la bendición a la mesa y, antes de haber acabado con ella, ser necesario dar gracias” (Guzmán II 415). Pese a el hambre del pupilo, decide por esta opción, que el estudiante camarista, como él dice se encuentra a la merced de los hurtos y malicias de las amas. Mateo Alemán le dedica especial atención al alojamiento y a las penalidades que en éste se pasan, quedando la vida del estudiante relegada a un segundo plano. Recordemos que el hambre del estudiante y los ingenios de éste para sobrevivir son uno de los tópicos empleados ya en la tradición medieval y que como tal, Alemán, está plasmando en su obra materiales que los lectores de la época asociarían automáticamente con la figura estudiantil.

Frente a otros pícaros-estudiantes Guzmán se nos presenta redimido de su vida anterior, apareciendo este periplo estudiantil como un intento de redimirse. Aunque como él dice no entra por vocación, su dedicación se pone de manifiesto, llegando a recibir “el segundo en licencias con agravio notorio, a voz de toda la universidad, que dijeron haberme quitado [el] primero por anteponer a un hijo de un grave supuesto della.” (Guzmán II 421). Podría verse aquí, como Mateo Alemán presenta, en voz de Guzmán, una crítica al sistema social, donde el linaje tiene mayor importancia que la valía de la persona. Podemos ver como frente a la imagen tópica del estudiante, Alemán, nos

presenta otra imagen presentándonos aquellos que son aplicados en sus estudios. “Si [los estudiantes] son recogidos, hallarán sus iguales; y si perdidos no les faltan compañeros” (Guzmán II 422). En el caso de Guzmán, habla de cómo quiere tomar “una buena camarada, estudiante de mi profesión, porque juntos continuemos los estudios, pasemos las lecciones, confirmemos las dudas y nos ayudemos el uno al otro” (Guzmán II 406), presentando ya desde un principio su intención de aplicarse, que como vemos, por su logro académico logra. De la vida de estos estudiantes en la universidad añade que allí:

Los estudiosos tienen con quien conferir sus estudios, gozan de sus horas, escriben sus lecciones, estudian sus actos y, si se quieren espaciar, son como mujeres de la montaña: donde quiera que van llevan su rueca, que aun arando hilan. Dondequiera que se halla un estudiante, aunque haya salido de casa con sólo ánimo de recrearse por tan espaciosa y fresca rivera, en ella va recapacitando, arguyendo, confiriendo consigo mismo, sin sentir soledad (Guzmán II 422).

Nos encontramos con un estudiante que rompe con la idea de vago e inculto, que dijimos se presenta en ciertos cuentos medievales. Se presenta como un personaje sacrificado y trabajador, muy lejos del ingenioso, no bueno para nada, del cuento tradicional. Aunque dice ser “tenido por uno de los mejores estudiantes” de la Universidad de Alcalá (Guzmán II 425), no deja de mencionar como los estudiantes se divierten haciendo travesuras, robando pasteles, melones o turrónes, saliendo a hacer rondas, a rotular, a dar una matraca, o dar una cátedra, mas como él puntualiza esto se hace “si se quiere desmandar una vez en el año” (Guzmán II 422), presentándonos que

son unos hechos que suceden en contadas ocasiones, lo que desmiente el pensar en el trascismo, las burlas y los disturbios como algo común en la vida estudiantil.



Fig. 6. Disputa dialéctica de dos estudiantes gorriones de Luis Goñi (Morán, García y Cano 36).

Otros elementos de vida estudiantil mencionados por Guzmán de los que ya se ha hablado antes son: las novatadas, el hambre y los empeños de bienes materiales y las deudas en las tiendas, sobre la que dice “¿en qué confitería no teníamos prenda y taja,³⁴ cuando el crédito faltaba?” (Guzmán II 424). En su descripción de la vida estudiantil ésta se nos ve con una mezcla de idealización y añoranza, luciendo la grandeza de la universidad alcalaína y las maravillas de la libertad estudiantil. Guzmán muestra el mundo del estudiante como una etapa florida de su vida, en la que no tiene que ingeniárselas para sobrevivir.

Guzmán, en su último año, a un paso de lograr su objetivo de poder tomar el título de bachiller y de situarse en una capellanía pagada con la dote de su difunta mujer, se enamora de una joven y acaba dejando su carrera para casarse con ella.

MARCOS DE OBREGÓN EL “BUEN” ESTUDIANTE.

Como ya se mencionó con anterioridad, Marcos de Obregón, se diferencia de los otros pícaros-estudiantes, por su origen noble. Marcos como escudero es miembro de uno de los rangos más bajos de la nobleza, lo que a pesar de no tener dinero, le otorga, en teoría, otro lugar en la escala social. Al irse a estudiar a la Universidad, Marcos dice “quise ir a donde pudiese aprender alguna cosa que me adornase y perfeccionase el natural talento que Dios y naturaleza me habían concedido” (182), se refiere el personaje a un talento musical que dice tener, y que es ejemplo de los elementos de la vida de Espinel integrados en la obra, pero también puede verse como una referencia a la posible mejora para su situación que sería la obtención de un bachillerato.

Vestido con ropa de viaje y con “una sotanilla y herreruelo negro de muy gentil ventidoseno” (186)³⁶ y con “espada de Bilbao” (182) que le regala su padre llega, con otros estudiantes provenientes de las ciudades del sur de España, a Salamanca, “donde la grandeza de aquella universidad hizo que se me olvidase todo lo pasado” (198). Nos habla Marcos de algunos maestros que vio estando en la universidad y que críticos como Carrasco Urgoiti han identificado enseñaban en Salamanca mientras estuvo allí Espinel. Tal es el caso del Padre Mancio, Francisco de Salinas, o Bernardo Clavijo.

Como presenta Carrasco Urgoiti, era proverbial de los estudiantes de Salamanca de sufrir sarna. Como Carrasco Urgoiti recoge, Juan Rufo en Los seiscientos apotegmas dice: “Un caballero que se llamaba don Bernardino y tenía más sarna que un pupilaje en Salamanca” (Espinel 199). Marcos habla de su convalecencia y de su recuperación, aludiendo a la frialdad del agua del Tormes como causa de su precaria situación. Recordemos el dicho popular “agua fría, sarna cría,” recogido por Covarrubias y citado por Carrasco Urgoiti (199). Marcos habla de cómo los jóvenes sufren lejos del “regalo de sus casas y de sus padres y tierras” (200) así que para el estudiante, “la templanza es la que conserva la salud y aviva el ingenio” (200), presentando una justificación al ingenio estudiantil, como una forma de adaptarse a un mundo en el que se encuentran solos y en el que tienen que sobrevivir.

Marcos hablando de la vida de estudiante nos ofrece una visión bien distinta de la añorante e idealizada visión de Guzmán. Habla el personaje de Espinel de “los trabajos y necesidades que los estudiantes pasan” (204), y que no sufrirían “tantas miserias y descomodidades” (204) de no ser por la edad en que los pasan y por no esperar un premio a sus privacidades y calvarios. Marcos presenta como los estudiantes llegan hinchados de optimismo, pero que “la mala correspondencia - por parte de la tardanza de los arrieros - o el olvido de los padres y parientes acaba desanimándolos, especialmente en el caso de los pobres (204), acaba en “falta de mantenimientos, el carecer de libros, la desnudez, y la poca estimación que traen consigo estas cosas, tiene muchos y grandes ingenios acobardados” (204). Recordemos que esta correspondencia era no sólo las nuevas de sus casas, sino también el dinero del sustento de estos estudiantes lejos de su hogar, además como ya se ha planteado el mundo estudiantil presentaba una

estratificación marcada por las posibilidades económicas de cada individuo. Como apunta Marcos, “la desnudez,” o mejor dicho, la falta del atavío adecuado, es la representación externa de dicha selección social. Nuestro pícaro-estudiante confiesa, como en su caso, “la poca ayuda” y su “inquietud natural” acabaron por quebrarle “las fuerzas de la voluntad para el trabajo como fuera razón” (205). Ejemplo del sacrificio que supone el estudio es el primer estudiante del que nos habla Marcos, el Licenciado Alonso Rodríguez Navarro, al que encuentra durmiendo sobre un libro y al que le dice que se estaba quemando las pestañas, a lo que “respondió que apelaría para el tiempo que le diesen otras; pero que si perdía el tiempo, no tenía para quien apelar, sino para el arrepentimiento” (Espinel 143).

Marcos, retoma, en este punto, el tema de la deficiente comida pupilar del que ya se ha hablado. El protagonista relata como “después de comer la ración de pupilaje de Gálvez, me comí seis pasteles de a ocho en una pastelería excelentísima que había en el dasafiadero” (205)³⁶ dándonos constancia de la necesidad de comer aún después de haber tenido ya la ración del día. Marcos, como él nos dice, formaría parte de aquellos estudiantes que, por su situación económica, se vería obligado a trabajar para poder mantenerse. En este caso habla de cómo vivía gracias a “ciertas lecciones de cantar que yo daba; y aun las daba, porque se pagaban tan mal que antes eran dadas que pagadas” (206), quejándose también de lo poco que le pagaban por ellas.

Pese a los tintes negativos con los que Marcos dibuja la vida del estudiante, el mismo subvierte esta visión al aconsejar que “no se desanimen los que se vieren con ingenio y pobreza, y con deseo de saber; que haciendo gusto de la necesidad, puede

llevarse la penuria que de ordinario se pasa en los estudios; ver pasar a otros mayores trabajos disminuye la fuerza de los nuestros” (206). Así, ofrece una de las aventuras que él y sus compañeros pasaron, tratando de presentar estas penalidades como una forma de animar a otros estudiantes, además de presentar, gracias a esta forma discursiva, estos acontecimientos con un mayor valor como “trabajos” y penalidades. Marcos refiere como “hallámonos una noche, entre otras muchas, tan rematados de dineros y paciencia que nos salimos de casa medio desesperados, sin cenar, sin luz para alumbrarnos, sin lumbre para calentarnos, haciendo un frio que en echando el agua en la calle, se tornaba cristal” (206), dándonos a conocer la pobreza tan absoluta en su “gobernación”, donde no tienen ni comida ni con que calentarse. Marcos logra, pidiendo limosna, a uno de sus discípulos unos huevos y un panecillo, método de subsistencia de los estudiantes más pobres, los capigorriones llamados “sopistas.” Uno de los elementos que separa a Marcos del personaje pícaro, como ya hemos dicho es su comportamiento moral, en este caso, Marcos lleva a su casa las viandas para compartir con sus compañeros. La mala suerte de estos estudiantes continúa y yendo a buscar madera para cocinar y calentarse toparon con un muslo descarnado de un mulo y creyéndolo un tronco le prenden fuego, apestando con “humo hediondo” el aposento. Al descubrir el muslo los estudiantes vanse de la casa del asco “y si antes no cenamos por no tener que, después no cenamos por eso y la náusea de nuestros estómagos” (207). El episodio aun va a peor, pues estando en la calle en plena noche (recordemos que estaba prohibido a los estudiantes salir de sus aposentos en la noche) pasa el corregidor don Enrique de Bolaños³⁷ con la ronda, con el que los estudiantes tienen un percance, salvo Marcos, los otros estudiantes no se descubren a la llegada del oficial, lo que tomado por una falta de respeto hace que los prenda la ronda,

pese a que los estudiantes advierten que “si nos llevarán presos, nos soltarán un pie a la francesa,” que como Carrasco Urgoiti toma de Covarrubias, significa al instante. Los estudiantes están acogidos a su derecho de no ser juzgados ni sometidos a la ley regular, de la que ya hemos hablado. Marcos, actuando sabiamente y con humildad se disculpa con el corregidor contándole el caso y arguyendo que: “a estos ..., con dalles de cenar y quitalles el frío, los hará vuesa merced más corteses que a un indio mejicano” (209). Finalmente el corregidor les libera y “acosta de ciertas espadas que había quitado a ciertos escolares vagamundos, les hincó el vientre de pasteles y marrana y lo de la tabernilla, y a mí me hizo mucha merced de allí en adelante” (209), aplacando las necesidades de los míseros por esa noche. Marcos estando en la taberna alecciona a sus compañeros, diciéndoles como pese a no ser su juez, han de respetar al corregidor, por ser una persona de mejor categoría que ellos.

Porque a las personas constituidas en dignidad, sean o no sean superiores nuestros, tenemos obligación de tratarlos con reverencia y cortesía; y no solo a éstos, sino a todos los más poderosos, porque siéndoles bien criados y humildes, en cierta forma los igualamos con nosotros, y haciendo al contrario, nos damos por enemigos de los que nos pueden agraviar muy a su salvo (209).

Justifica ésta su adscripción al orden social establecido aludiendo como “Dios creó el mundo con estos grados de superioridad” (209). Por supuesto esto rompe con la picaresca, en tanto en cuanto, como apuntan críticos como Bataillon o Castro,³⁸ este género se caracteriza por un intento de los personajes de rasgar la estructura social de su

momento para poder vivir más cómodamente, siendo su condición, bajo diferentes tensiones sociales, como sostiene Bataillon (la limpieza de sangre, según arguye Castro), motivo de conflicto. El pícaro, como ya presentamos, trata en un primer lugar de sobrevivir, pero su fin último es lograr una mejora de su forma de vida, que en el régimen social tradicional se traduce con un ascenso social. Espinel, como vemos, abraza este sistema. Si bien dice ser un estudiante que se desmoraliza ante las penalidades que el estudio implica, y no abandonar la carrera lo he calificado de “buen estudiante,” por el carácter ejemplar de su comportamiento, que no presenta ningún tipo de travesura o “treta del ingenio” en su relación escolar.

Tras las penalidades que describe, Marcos nos informa como tras tres o cuatro años logró ingresar en el colegio de San Pelayo, sin embargo abandona la universidad respondiendo al llamado de sus padres para “ir a heredar cierta hacienda de un pariente que me quería hacer donación o capellanía” (211), que como Haley apunta, es otro detalle autobiográfico de Vicente Espinel (132) en la Vida del escudero Marcos de Obregón.

ALONSO, EL MOZO DE ESTUDIANTES.

Como ya se ha mencionado, la característica principal de Alonso es su condición servil, que ya viene acentuada en el título, Alonso, mozo de muchos amos. Alonso inicia sus andanzas como estudiante tras abandonar la casa de su tío, que quería ponerlo como sacristán, y que para ello no escatimaba en enseñarle a leer, a ayudar misa, a tañer las campanas, etc. Alonso huye de su tío que como él dice, sigue el refrán de “la letra con sangre entra” (14). Cansado de los abusos físicos, con un “vestidillo negro, hábito de estudiante gorrón” nuevo, “y sin blanca, fiado de la caridad de Castilla la Vieja” (15), se va Alonso a buscar fortuna. Sus primeros amos serán cuatro estudiantes que conoce en una posada, y a los que decide servir a cambio de sustento, lo que le posibilitará estudiar.

Alonso nos da cuenta de las travesuras de estos estudiantes en su camino, que como relata hacían estragos por doquier pasaban. “Un real se pagaba de cada uno, y diez se le hacía de daño al pobre mesonero” (16). Finalmente llegan a Salamanca, donde Alonso rememora su recibimiento, del que ya hemos hablado (17). Mentando los ropajes que tiene que limpiar, Alonso nos presenta la diferente condición estudiantil de sus amos y la suya propia. “Tuve que limpiar cuatro manteos y bonetes, sin mi sombrero y ferreruelo” (18).

Al contrario que sus amos, Alonso va a las escuelas después de hacer su tarea. Nos habla de cómo “iba a los generales y oía al catedrático que más gusto le daba” (18), escuchando leyes, medicina, artes y sagrada teología, retórica y matemática, “y pegábanseme de cada uno dellos algunos principios” (18). Sin embargo, como él narra no eran conocimientos profundos los que recibía, ostentando una sabiduría que realmente no tenía. “Yo con ser un zote, [dice Alonso] había cobrado con todos nombre de buen estudiante” (18). Como siervo, Alonso se queja del comportamiento de sus amos, que como él dice lapidan el dinero de sus padres gastando “a su albedrío, no les bastando para un mes lo que era suficiente para todo un curso,” sin importarles los pesares por los que pasaban sus progenitores para mandarles ese dinero (19). Cuenta Alonso el ejemplo de un estudiante que habiéndole advertido su padre de su poca hacienda y pidiéndole que gastara con prudencia, cuando éste se encuentra en Salamanca se enamora de una mujer y ocupando “en festejarla, servirla y prenderla,” (22) dejando de lado sus estudios, consume en seis meses el dinero que su padre le da para el año. Cuando le escribe a su padre pidiendo más le dice que lo gastó con “prudencia,” que así se llamaba la dama. Este ejemplo nos presenta la mujer como una distracción para los estudiantes que como en el caso de Guzmán acaba con su vida estudiantil.

Se duele además Alonso de las malas compañías con las que andan:

Acudían a nuestra posada algunos valentoncillos del hampa, viva quien vence. [Que] sacaban a rondar a mis llorados andaluces y como suele decirse, dime con quién andas y te diré quien eres, a dos días los vi

cargados de broqueles, espadachines de noche y de día, colete de ante, cota hasta la rodilla. (20)

Los amos de Alonso acabarán “con la justicia seglar y eclesiástica en casa” por sus fechorías, lo que les obliga a tomar el hábito, huyendo “de la justicia y como de [la vergüenza de] sus padres y sus deudos, y más de sus deudas, porque hasta los manteos tenían empeñados, porque cuanto trujeron habían puesto en cobro” (21), dejando a Alonso “huérfano” (21).

Frente a los casos de Guzmán y Marcos, Alonso no toma su posición de estudiante seriamente, siendo su principal ocupación el servir a sus amos y preocuparse de ellos. En este libro se presenta a través de los ejemplos negativos de estos amos una moraleja o un ideal de conducta estudiantil, en que se advierte del peligro de los gastos lujosos, las malas compañías y la falta de dedicación del estudiante.

EL PÍCARO ESTUDIANTE: DON PABLOS, “EL BUSCÓN.”

Antes de ir a Alcalá como mozo de don Diego, Pablos, vivirá junto con su amo en casa de un pupilero. Aunque este episodio no sucede siendo los muchachos estudiantes universitarios, se incluye en este estudio por la estrecha relación que guarda la fórmula de vivienda pupilar con el mundo estudiantil, como ya se ha visto. Los tópicos de la tradición cuentística medieval referidos a la mala alimentación de los pupilos, antes citados, y que se delinean en la segunda parte del Guzmán, con menciones de la pobre y escasa comida que éste recibe, florecen en el capítulo tercero del Buscón, gracias a la riqueza descriptiva de Quevedo. Pablos hace descripción del primer “almuerzo,” en casa del licenciado con los motivos de los que habla Chevalier, añadiéndoles crudeza y agregando nuevas representaciones de la pobreza de la mesa en casa del pupilero: “Repartió a cada uno tan poco carnero que entre lo que se les pegó a las uñas y se les quedó en los dientes, pienso que consumió todo, dejando descomulgadas las tripas de participantes” (Quevedo 47). Cabra, acabada la comida, les dice a sus pupilos que vayan a hacer ejercicio “no les haga mal lo que han comido” (48), mostrando con sarcasmo que para los estándares del Dómine, aquél había sido todo un banquete, aunque para los nuevos pupilos, don Diego y Pablos, no sea tal, sino que la vean como una mengua de sus costumbres alimenticias.

Pablos, como los otros criados sufrirá especialmente su posición, ya que como se relata, observa a los señores comer primero, quedando para ellos “unos mendrugos en la mesa y en el plato unos pellejos y unos güesos” (48). Pablos también habla de cómo para ahorrar el Licenciado remojaba un trozo de tocino en una caja con agujeros en la olla, para darle un gusto al cocido, sacándolo luego para poder reutilizarlo de nuevo: “Parecióle luego que en esto se gastaba mucho, y dio en sólo en asomar el tocino a la olla. Dábase la olla por entendida del tocino, y nosotros comíamos, algunas sospechas de pernil” (50). La imagen del Dómine Cabra pintada por Pablos refleja su extrema pobreza incluso en la descripción física que de él hace. Dice Pablos que las “barbas descoloridas de miedo de la boca vecina, que de puro hambre amenazaban con comérselas” (45).

En este capítulo comienza a reprochar en contra de las amas, que como ya dijimos son blanco de las críticas de Guzmán. El Dómine Cabra, nos cuenta Pablos, decide contratar a una vieja tía suya como ama, al encontrar al criado con migas en la ropa, lo que presenta una gran novedad en la casa del Dómine, ya que como Pablos explica, la comida empieza a tener más sustancia, o sustancias:³⁹

güevos, con tantas barbas, a fuerza de pelos y canas suyas, que pudieran pretender corregimiento u abogacía. Pues meter el badil por el cucharón y inviar una escudilla de caldo empedrado, era ordinario. Mil veces topé yo sabandijas, palos y estopa de la que hilaba, en la olla y todo lo metía para que hiciese presencia en las tripas y abultase (52).

Finalmente don Diego, y con él Pablos, son rescatados de las garras del harapiento y tacaño pupilero, tras la muerte de un pupilo por hambre. Tras su

recuperación don Diego y Pablos serán enviados por el padre del primero a la Universidad de Alcalá. Camino, de Alcalá tendrán la oportunidad de experimentar el tracismo y las bromas estudiantiles en una posada, como ya se ha aludido.

La primera experiencia de don Diego y Pablos como estudiantes se produce a la mañana de llegados, al aparecer todos los estudiantes de la posada “en camisa,” aun sin vestir, a pedir la patente a don Diego. Como ya explicamos el pago de la patente que hace don Diego (dos docenas de reales en este caso) sirven para comprar su aceptación en la comunidad de estudiantes que residen en la posada. Los estudiantes reciben el dinero gritando: “¡Viva el compañero, y sea admitido en nuestra amistad; goce de las preeminencias de antiguo; pueda tener sarna, andar manchado y padecer el hambre de todos!” (62). Como se ve en esta salva, don Diego se hallará a partir de ese momento protegido por sus compañeros de novatadas, aunque como ya dijimos con anterioridad, será apadrinado también por “unos colegiales conocidos de su padre” (62). Como aparece en la aclamación, tener sarna y hambre, parecen ser dos de las características de los estudiantes, ya que se repiten constantemente. Baste señalar el caso de Marcos de Obregón que sufre de ambos males.

Pablos se presenta a la Universidad y sufre, como ya se ha indicado, por no tener protección, el recibimiento de los nuevos. Dice Pablos: “entré en el patio, y no hube metido un pie, cuando me encararon y empezaron a decir: ¡Nuevo!” (62). Tras mofarse de él diciendo que hiede y tras eso “ya estaban juntos hasta ciento. Comenzaron a escarbar y tocar al arma, y en las toses y abrir y cerrar de las bocas vi que se me aparejaban gargajos” (62). Como Alonso, Pablos pasa por lo que Guzmán llama nevar a

los novatos (Alemán Guzmán II 423), una tradición estudiantil, que por la repetición que tiene en la literatura de la época, parece ser que los autores la recogen en sus obras. Mas Pablos, recibe también una iniciación por parte de sus compañeros de cuarto, los criados de los otros huéspedes de la casa. Pablos es apaleado en medio de la noche y cuando toma refugio bajo su cama, uno de los criados excrementa dentro de su cama (Quevedo 64-65). Estas experiencias son las que hacen que Pablos se resuelva en “hacer nueva vida” (67), y a seguir el refrán “haz lo que vieres” y a ser bellaco, con los bellacos, “y más, si pudiese, que todos” (69).

Pablos se consagra a partir de entonces a cometer fechorías, siendo el resto de la estancia en Alcalá que nos cuenta, una colección de dichas hazañas picarescas. Frente a los otros pícaros-estudiantes que se han tratado hasta ahora, que más o menos iban a clases y ejercían como estudiante, Pablos, solamente menciona una asistencia a la universidad, el día de su iniciación escolar, no pasando en este día del patio.

Como ya se ha relatado, Pablos se confabula con el ama de la casa donde se alojan para hurtar de los huéspedes y aun de su propio amo. Pero ya nadie está a salvo de sus obras picarescas, y su propia aliada caerá en las redes de sus maldades. Como destaca Parker, “Pablos se desquita de una sociedad hostil declarándole la guerra. Sus actos son antisociales no por azar, sino deliberadamente” (Pícaros 116). Pablos se dedica también a lo que los estudiantes llaman correr o arrebatar, a robos a mercaderes (Quevedo74). Pablos en el colmo de la desfachatez, no sólo roba, sino que además se jacta de sus proezas para ganarse el reconocimiento de los otros estudiantes por su ingenio. Lo que

hace que le lleva a que se atreva a más travesuras, llegando incluso a robarle las espadas a la ronda, para entretenimiento de sus compañeros (75).

La figura de Pablos se nos presenta cuan grotesca caricatura, más que como un reflejo de un realidad social, como ha sabido presentar Valbuena Prat (Estudio preliminar 65), siendo, como indica Parker, una obra “esencialmente humorística” (Picaros 105). El Buscón, se deslinda de la función ejemplar y aleccionadora de las obras picarescas anteriores a la vez que se sumerge en la sátira y critica a las formas de vida picarescas. La parodia de la vida estudiantil, y picaresca, de Quevedo se podría explicar, como hacen Edmond Cros y José Antonio Maravall, viendo esta como una sangrante crítica denunciando y oponiéndose a “una dinámica social que supondría la ascensión de nuevos grupos” (Literatura picaresca 388). La vida estudiantil de Pablos, en la que éste personifica los atributos residuales de la figura estudiantil de tradición medieval, le llevan a una vida picaresca, siendo su experiencia de estudiante el catalizador de su malicia picaresca. El pícaro y el estudiante, ambos elementos que buscan el ascenso social, son por tanto el arma elegida por Quevedo para defender el “status quo” social tradicional.

CONCLUSIÓN

La representación del estudiante en las obras picarescas es un motivo que se repite en algunas de las más representativas obras del género, mas pese a repetirse este icono, estos estudiantes no presentan una imagen homogénea. Los estudiantes que aparecen representados en las obras picarescas son, con la salvedad de don Diego, el amo de Pablos, de clases bajas o de baja nobleza empobrecida, lo que hace que la vida estudiantil se convierta en un posible ascenso social, en todos los casos que hemos tratado. El pícaro-estudiante trata de elevarse a través de las formas de promoción que están aceptadas por la sociedad, pero su intento se encuentra condenado al fracaso desde el principio debido al determinismo social que defienden algunos críticos, como Lázaro y Tusón ata a este tipo de personajes a no salir de su miseria (84). Tanto Marcos de Obregón como Guzmán, son conscientes de las mercedes y posibilidades que les otorgaría la obtención de un título de bachiller y pese a no lograr su meta, se sacrifican en su empeño. En el caso de Pablos y Alonso, su paso por la universidad se hace en el servicio a sus amos, aunque en el caso de Pablos podemos hablar de un servicio a sí mismo (robaba hasta a su propio amo). Los dos mozos no tomarán estos estudios en serio, siendo su función de mozo en el caso de Alonso, y la de pícaro resabiado en el caso de Pablos, las que dominen su estancia en la universidad. No significa eso sin embargo que los estudiantes pobres, trabajando al servicio de otros no logran estudiar. Un

ejemplo literario de lo contrario lo encontramos en la figura del Licenciado Vidriera, que como ya se ha dicho parte como criado, siendo niño por su afán de estudio (y de medro).

El estudiante es un personaje liminal desde el punto de vista social. Un elemento que no está adscrito a la justicia y a las leyes sociales que se aplican a la población regular, siendo éste uno de las razones que permiten a dicho estudiante cometer travesuras y actos “pícaros” sin ser penalizado por ello.

El tema predominante en la vida estudiantil, como ya se ha visto, es la pobreza y el hambre. Como el personaje pícaro, el estudiante, se ve obligado a vivir al límite de la subsistencia en un momento u otro, lo que le obligará a tomar las armas de su ingenio, o la fuerza de su trabajo, para sobrevivir. Otro de los elementos que tanto el pícaro como el estudiante tienen es el gusto por la ostentación y por las formas de vida noble (condición a la que ambos aspiran). La relación entre el pícaro y el estudiante es muy compleja, porque como vemos, estos dos tipos de personajes comparten ciertos motivos y caracteres, y en las obras que nos ocupan, un mismo personaje. Tal vez sea necesario hacer un análisis diferencial de los elementos estudiantiles y de los picarescos para poder ver qué caracteres son los dominantes en los capítulos dedicados a estudiantes en obras como el Buscón, cuyos latrocinios y tretas podrían verse tanto del personaje picaresco, como del personaje estudiantil.

Como hemos podido comprobar en el análisis de las obras, se produce una continuidad en el uso de ciertos tópicos y motivos asociados al personaje estudiante, muchos de ellos, resaltados por críticos como Chevalier o Espinosa, provenientes de la tradición folclórica existente desde la Edad Media. Estos tópicos sobre la figura del

estudiante, que como hemos presentado forman parte de la cultura y aparecen en los refranes, canciones, poemas e incluso en el teatro, aparecen plasmados en las novelas picarescas, porque como defiende Maxime Chevalier, la elección del rol social del personaje lo condiciona a funcionar bajo modelos arquetípicos (“Cuentos tradicionales” 342). Ya sea por un proceso voluntario del autor, o por la recreación de estas imágenes preconcebidas en su subconsciente, como defiende Jung, la realidad es una continuación de la imagen de gracioso instruido, altanero, tracista, mujeriego y pobre.

Junto al personaje con las características, que siguiendo el patrón de análisis de Williams, llamaremos residuales, que permanecen en la cultura y continúan a lo largo del Barroco, aparecen otros personaje tipo, que si bien emplean algunas de estas formas tradicionales, como el hambre, la pobreza, introducen elementos nuevos en la figura estudiantil. Me refiero en este caso a Guzmán de Alfarache y a Marcos de Obregón, cuyos sacrificios estudiantiles se salen fuera de la órbita del estudiante tradicional, al presentarnos un modelo de conducta estudiantil. Más aún, en ambos casos su modo de conducta no es picaresco en el caso que nos ocupa. En el caso de Marcos de Obregón, ya Parker ha presentado que se deslinda del pícaro por su conducta, que en toda su Vida no deja de ser moral (101). Por supuesto, argumentar que Guzmán, el primer personaje “pícaro” y uno de los más famosos miembros del género, no es propiamente pícaro necesita de una explicación. Si bien Guzmán es pícaro antes y después de su periplo estudiantil, durante éste no lo es, siendo su conducta aceptable en todo momento. Guzmán como estudiante, pese a su origen humilde, y al contrario del personaje pícaro, no tiene la necesidad de sobrevivir durante su estancia de Alcalá gracias a la venta de la casa en la que vivía en Madrid. Este dinero le permite vivir como un estudiante pudiente,

de “manteo y sotana” (Alemán Guzmán II 413), sin desviarse de una conducta ejemplar. Después de todo está tratando de reinsertarse en el orden social, y éste es su camino para ello, un medio aceptado dentro de la sociedad, sin recurrir a tretas y picardías. No sólo su conducta es ejemplar, rodeándose de compañeros que como él busquen estudiar, sino que se transforma en un gran estudiante, siendo el “segundo en licencias”, como él dice porque el primero estaba dado de antemano a un principal (Guzmán II 421).

Presentados en dos frentes nos encontramos con dos principales estudiantes tipo. El primero, el “estudiante real,”⁴⁰ vendría a estar representado por Guzmán y Marcos de Obregón, cuya experiencia universitaria podemos ver más próxima a la realidad estudiantil de la época que describe Torremocha. Alonso, en su condición de mozo de estudiante, no como estudiante de por sí, podrá ser visto también en este grupo. El segundo tipo, en es aquel, hace de las características típicas del estudiante su columna vertebral. Este estudiante se presenta de una forma distorsionada, mostrando solamente aquellos aspectos o episodios que llaman la atención del público, precisamente por su singularidad. Ejemplos de este “estudiante literario,” serían Pablos en el Buscón, o los amos de Alonso. Si bien éstos se diferenciarían por su intención. Alonso, con su narración pretende dar una lección moral a estudiantes, a través de ejemplos negativos. En contra de éste, como ya hemos visto, los ejemplos que presenta El Buscón lo que tratan es de caricaturizar la figura del pícaro, en este caso, estudiante pobre, presentando a través de la malicia y avaricia del personaje una crítica a los estudiantes que buscan en su actividad estudiantil un ascenso social.

La pobreza y el ingenio, que tan íntimamente ligados van a el personaje pícaro, y son caracteres “residuales” de la tradición medieval, son fundamentales en la representación del estudiante Barroco, apareciendo de la mano de caracteres picarescos emergentes en las obras narrativas que nos ocupan. Estos caracteres determinan en las obras, dependiendo del tratamiento que se hace de ellos, el realismo de la narración y de dicho personaje y la inclusión de éste a uno de los dos tipos de estudiante pícaro: el estudiante real y el estudiante literario.

NOTAS

¹ Omitamus studia (Morán, García, Cano 122-123).

² Imagen romántica del estudiante, donde aparece rodeado de espada, libros, naipes, bota de vino y guitarra, repitiendo los tópicos que se atribuyen a la vida del estudiante.

³ Discurso de la Vida del Ilustrísimo y Reverendísimo Señor don Martín Pérez de Ayala, Arzobispo de Valencia. Autobiografías y Memorias, N.B.A.E. II., p.215.

⁴ Salmo XVII (Rivers 318).

⁵ Para el caso de Inglaterra ver el capítulo “Whealth and Poverty” en The Age of Elisabeth 1547-1603 de D.M.Palliser (95-129).

⁶ La tía fingida (Cervantes 335).

⁷ La verdad sospechosa. Estrofa 170. Discurso de un letrado a Don Beltrán, hablándole de Salamanca (Alarcón 50).

⁸ Tanto en la “Canción de San Juan” (Rivers 255), de Lope de Vega, como en el “Romancillo XLIX” (Rivers 237), de Luis de Góngora, se repite el estribillo popular “Dejadme llorar a orillas del mar...”. En “Letrilla XLVIII” (Rivers 234), de Luis de Góngora, aparece el refrán popular “Ande yo caliente y ríase la gente...” como estribillo.

⁹ Don Quijote de la Mancha Vol. I. Capítulo II.

¹⁰ El término *rogue* se ha usado como traducción de pícaro desde la primera traducción al inglés de El Guzmán de Alfarache en 1622 de James Mabbe titulada The Rogue.

¹¹ The Literature of Roguery es un estudio centrado en la literatura inglesa.

¹² Salillas, defiende que “el Lazarillo, por su asunto, no trata más que un modo de picardía, y no la picardía propiamente dicha, que se tradujo por primera vez en la obra de Mateo Alemán, bautizado por el público con el título antepuesto de pícaro” (Salillas 72).

¹³ Ver The Literature of Roguery de Frank Chandler.

¹⁴

Satire	Picaresque	Comedy	History	Sentiment	Tragedy	Romance
--------	------------	--------	---------	-----------	---------	---------

¹⁵ La relación entre las memorias personales de Espinel y la representación de estas en narración de Marcos de Obregón se analiza en el libro de George Haley Vicente Espinel and Marcos de Obregón.

¹⁶ Ver La novela picaresca española de Valbuena Prat (62-64).

¹⁷ Como Valbuena Prat presenta en su estudio preliminar en La novela picaresca española, hay que entender tacaño con el sentido de “pícaro astuto y enredador” y no con el significado actual de miserable (64).

¹⁸ Morán, García y Cano incorporan en su cancionero esta copla, que culmina el fin de fiesta *El licenciado “Mendrugo,”* compuesto por Luciano Comella y Pedro del Moral

hacia 1795 y estrenado en Madrid en 1806 (277).

¹⁹ Fuchs propone “a concept of mimesis as the fun-house mirror, the reflection that dazzles, the impersonator, the sneaky copy, the double agent – mimesis, that is, as a deliberate performance of sameness that necessarily threatens, or at least modifies, the original” (Fuchs 5).

²⁰ Que presentan con anterioridad Cristobal de Villalón, Luis de Pinedo, Juan de Arce de Otálora y Sebastián de Horozco (Chevalier “cuentos tradicionales” 338-39).

²¹ Que recoge Pinedo en su *Libro de Chistes* (Chevalier “cuentos tradicionales” 339).

²² Como se presenta en la nota a pie de página, “Vino de dos orejas” Correas lo define como «*Vino de una oreja*, por vino bueno y *Vino de dos orejas*, por malo. (Alemán 416).

²³ Recogido también por Luis Pinedo en su *Libro de Chistes* (Chevalier “cuentos tradicionales” 339).

²⁴ Como se presenta en la nota a pie de página, “para teñir tocas” se refiere a su color amarillento o azafranado. Según Covarrubias “se ha usado y usa dar con [el azafrán] color a las tocas y teñir las aguas” (Alemán 415).

²⁵ Que también emplean en sus obras Arce de Otálora y Santa Cruz. En ambos autores un estudiante hace que se desnuda para entrar a nado a buscarlo (Chevalier “cuentos tradicionales” 339-40).

²⁶ Fábula según la cual Esopo interpretando al pie de la letra una orden de su amo hizo una sopa de una sola lenteja (Alemán 415).

²⁷ Emplean este motivo además, Arce de Otálora, Santa Cruz y Horozco, presentando ambos un trozo de queso de una finura tan extrema que puede volar cuan papel. (Chevalier “cuentos tradicionales” 340).

²⁸ Que como anota Chevalier, emplean Juan de Arce de Otálora y Juan de Aguijo y Calderón de la Barca en El alcalde Zalamea (Chevalier “cuentos tradicionales” 340).

²⁹ Se denominaban capigorristas o capigorrones a aquellos estudiantes pobres que no podían pagarse el manto y bonete, y compraban una capa y una gorra.

³⁰ Artículo sobre la palabra gorra en el Tesoro de la Lengua castellana (1611) de S. de Covarrubias.

³¹ Énfasis mío.

³² En el lenguaje de la picaresca el libro de Juan Bolay es la baraja.

³³ Fullería y flor son ambas alusiones a trampas y a engaños en el juego.

³⁴ Taja: palo en el que se señalaban las consumiciones y deudas de un cliente haciendo muescas. (Alemán Guzmán II 424).

³⁵ Referencia a la calidad de la tela, que en este caso tiene veintidós centenares de hilos.

³⁶ Lugar apartado donde normalmente se desarrollaban se resolvían los desafíos y duelos. (Espinel 205)

³⁷ Emplea Espinel otro hombre de su tiempo, Enrique de Bolaños, que fue corregidor de la ciudad de Salamanca de 1571 a 1574 (Haley 131).

³⁸ Ver en Los pícaros y la literatura de Alexander Parker (48-50).

³⁹ Énfasis mío.

⁴⁰ Entendiendo “real” no como estudiante de la realidad histórica, sino como estudiante que realmente se dedica su actividad académica.

OBRAS CITADAS

- Ajo G. y Sainz de Zúñiga, Cándido J. María. Historia de las Universidades Hispánicas. El siglo de oro Universitario. Vol.2. Ávila: Senén Martín, 1958.
- Alarcón, Juan Ruiz de. La verdad sospechosa. Madrid: Cátedra, 2005.
- Alcalá Yáñez y Rivera, Jerónimo de. El donado hablador. Alonso, mozo de muchos amos. Amsterdam: Fredonia, 2005.
- Alemán, Mateo. Guzmán de Alfarache I. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra, 2006.
- . Guzmán de Alfarache II. Ed. José María Micó. Madrid: Cátedra, 2005
- Allen, Paul C. Felipe II y la Pax Hispanica. Madrid: Alianza, 2001.
- Auerbach, Erich. "Odysseus' Scar." Richter: 702-17
- Avalle-Arce, Juan Bautista. "Lope y su Peregrino." MLN 87.2 (1972): 193-99.
- Bataillon, Marcel y Alexander A. Parker. "Fundamentos ideológicos de la picaresca." Rico 3: 474-80.
- Bennassar, Bartolomé. La España del Siglo de Oro. Barcelona: RBA, 2006.
- Bjorson, Richard. The Picaresque Hero in European Fiction. Madison: U. Wisconsin P, 1978.
- Burke, Peter. Popular Culture in Early Modern Europe. New York: New York U.P, 1978.
- Campuzano, Elisabeth. "Ciertos aspectos de la novela picaresca." Hispania 32.2 (1949): 190-97.
- Carrasco Urgoiti, María Soledad. Introducción. Vida del escudero Marcos de Obregón I. Madrid: Castalia, 1987. 7-51.
- Cascardi, Anthony J. Ideologies of History in the Spanish Golden Age. University Park: Pennsylvania State U.P, 1997
- Casalduero, Joaquín. "El estudiante universitario en la picaresca." La picaresca:

- orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca organizado por el Patronato Arcipreste de Hita. Madrid: Fundación Univ. Española, 1979. 135-39.
- Castillo Solórzano, Alonso. Aventuras del Bachiller Trapaza. Valbuena Prat. La Novela Picaresca Española. 1426-525.
- Castro, Americo. "Edad conflictiva: castas, honra y actividad intelectual." Rico 3: 59-64.
- Cervantes Saavedra, Miguel de. Don Quijote de la Mancha. Barcelona: Petronio, 1970.
- . Novelas Ejemplares II. Ed. Harry Sieber. Barcelona: Altaya, 1994. 41-74.
- . Novelas Ejemplares III. Ed. Juan Bautista Avallé-Arce. Madrid: Castalia, 1982. 323-70.
- Chandler, Frank Wadleigh. The Literature of Roguery. Cambridge: Riverside P, 1907.
- Chevalier, Maxime. "Un personaje folklórico de la literatura del siglo de Oro: El estudiante." Homenaje a Marcel Bataillon: seis lecciones sobre la España de los siglos de Oro. Sevilla: U. de Sevilla, 1981.
- . "De los cuentos tradicionales a la novela picaresca." La picaresca: orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca organizado por el Patronato Arcipreste de Hita. Madrid: Fundación Univ. Española, 1979. 335-45.
- . "Cuento folklórico, cuentecillo tradicional y literatura del siglo de Oro." Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Toronto: U. of Toronto P, 1980: 5- 11.
- . "Entre el folklore y literatura: El cuentecillo tradicional y la novela corta" Rico 2: 333-39.
- . "La agudeza en El Buscón" Rico 3.1: 277-82.
- Cortés Vázquez, Luís. La vida estudiantil en la Salamanca clásica. Salamanca: U. de Salamanca, 2005.
- Cruz Aguilar, Emilio de la. "El tuno, juglar escolar." Actas del I Congreso Internacional sobre la Juglaresca organizado por el Patronato Arcipreste de Hita. Madrid, 1986. 529-37.
- . La tuna. Madrid: Complutense, 1996.
- Deformeaux, Marcellin. La vida cotidiana en la España del Siglo de Oro. Barcelona: Argos Vergara, 1983.
- Díaz Borque, José María. Sociología de la comedia española del siglo XVII. Madrid: Cátedra, 1976.

- Díaz-Plaja, Fernando. Felipe III. Barcelona: Planeta, 1997.
- Domínguez Ortiz, Antonio. La sociedad española en el Siglo XVII. Barcelona: RBA, 2005.
- . "La sociedad española en el siglo XVII." Rico 3: 49-59.
- . El antiguo Régimen: Los Reyes Católicos y los Austrias. Historia de España 3. Madrid: Alianza, 1988.
- Dunn. "The Spanish Picaresque Novel: Review and Conclusions." Pellón y Rodríguez-Luis 53-65.
- . "Problems of a Model for the Picaresque and the Cases of Quevedo's *Buscón*." Pellón y Rodríguez-Luis 53-65.
- Dussel, Enrique. "La cultura como *ethos*." Hipótesis para el estudio de Latinoamérica en la historia universal. Chaco: U del Nordeste, 1966 Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. 12 Sep. 2008 <<http://168.96.200.17/ar/libros/dussel/histouniv/intro.pdf>>
- Elliot, J.H. La España imperial. 1469-1716. Barcelona: Vicens-Vives, 1998.
- Eoff, Sherman. "The Picaresque Psychology of Guzmán de Alfarache." Hispanic Review. 21.2 (1953):107-19.
- Espinel, Vicente. Vida del escudero Marcos de Obregón I. Ed. María Soledad Carrasco Urgoiti. Madrid: Castalia, 1987.
- . Vida del escudero Marcos de Obregón II. Ed. María Soledad Carrasco Urgoiti. Madrid: Castalia, 1987.
- Espinosa, Aurelio M., Jr. "El estudiante pícaro en el cuento tradicional." Estudios dedicados a Menéndez Pidal Vol.3. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1952.
- Estévez Scott, Antoniette. "Estudiantes y letrados en las obras dramáticas de Lope de Vega, Tirso de Molina y Juan Ruiz de Alarcón." Diss. Florida State U., 1974.
- Fernández del Páramo, Javier. "Androginismo literario en los *Infortunios de Alonso Ramírez*." Florida Atlantic Comparative Studies 10. Schedule to appear in Dec. 2008
- Ferreras, Juan Ignacio. La novela en el siglo XVII. Madrid: Taurus, 1988.
- Friedman, Edward H. "The Picaresque as Autobiography: Story and History." Autobiography in Early Modern Spain. Ed. Nicholas Spadaccini and Jenaro Talens. Mineapolis: Prisma Inst. 1988.
- Fuchs, Barbara. Mimesis and Empire. Cambridge: Cambridge U.P., 2003.

- Fuente, V. de la. Historia de las Universidades, Colegios y demás establecimientos de enseñanza en España. Frankfurt: Sauer & Auverman, 1969.
- García Cárcel, Ricardo. Las culturas del Siglo de Oro. Madrid: Historia 16, 1999.
- García Mercadal, José. Estudiantes, sopistas y pícaros. Buenos Aires: Espasa-Calpe, 1954.
- Gerli, Michael E. "La picaresca y el Licenciado Vidriera: Género y contragénero en Cervantes." La picaresca: orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca organizado por el Patronato Arcipreste de Hita. Madrid: Fundación Univ. Española, 1979. 577-87.
- González Echevarría, Roberto. "The Life and Adventures of Cipión: Cervantes and the Picaresque." Rev. of Language and Society in la vida de Lazarillo de Tormes by Harry Sieber. Diacritics 10.3 (1980): 15-26.
- González García, José M. "La cultura del Barroco: Figuras e ironías de la identidad." Devenires 7 (2007): 117-54.
- Guillén, Claudio. "Genre and Countergenre: The Discovery of the Picaresque." Pellón y Rodríguez-Luis 67-80.
- . "Toward a Definition of the Picaresque." Pellón y Rodríguez-Luis 81-102.
- Guillén, Claudio y Fernando Lázaro Carreter. "Constitución de un género: la novela picaresca" Rico 3: 468-74.
- Haley, George, ed. Diario de un estudiante de Salamanca. La crónica inédita de Girolamo de Sommaia. By Girolamo Sommaia. 1607. Salamanca: U. de Salamanca, 1977.
- . Vicente Espinel and Marcos de Obregón. Providence: Brown U. P, 1959.
- Haley, George, y Marcel Bataillon. "Ficción, realidad y autobiografía: Los casos de Marcos de Obregón y Estebanillo González." Rico 3: 508-16.
- Jiménez, Alberto. Ocaso y restauración. Ensayo sobre la Universidad Española Moderna. México: El Colegio de México, 1948.
- Johnson, Carrol B. "Defining the Picaresque: Authority and the Subject in Guzmán de Alfarache." The Picaresque Tradition and Displacement. Ed. Giancarlo Maiorino. Minneapolis: U. Minnesota P, 1996.
- Jung, Carl Gustav. "On the Relation of Analytical Psychology to Poetry." Richter: 544-53.
- . "The Principal Archetypes." Richter: 554-64.
- Kamen, Henry. Una Sociedad Conflictiva: España, 1492 –1714. Madrid: Alianza, 1984.

- Laspéras, Jean-Michel. "La ejemplaridad de la novela corta." Rico 3.1: 294-99
- Lázaro Carreter, Fernando. "Para una revisión del concepto 'novela picaresca'." Actas del III Congreso Internacional de Hispanistas. México, Agosto de 1968, México: El Colegio de México, 1970. 27-45.
- . "Imitación y originalidad en la poética renacentista." Rico 2: 91-97.
- . "Lázaro y el ciego: Del folklore a la novela." Rico 2: 362-69.
- Lázaro, Fernando, y Vicente Tusón. Literatura española. Madrid: Grupo Anaya, 1988.
- Le Goff, Jacques. Los intelectuales en la Edad Media. Barcelona: Gedisa, 1993.
- Lynch, John. Los Austrias. 1516-1700. Barcelona: Crítica, 2000.
- Maiorino, Giancarlo. At the Margins or the Renaissance. Lazarillo de Tormes and the Picaresque Art of Survival. University Park: Pennsylvania State U.P, 2003.
- Maravall, José Antonio. La cultura del Barroco. Barcelona: Ariel, 2007.
- . Poder, honor y elites en el siglo XVII. Madrid: Siglo XXI, 1979.
- . La literatura picaresca desde la historia social. Madrid: Taurus, 1986.
- Menéndez Pidal, Ramón. La Crisis del siglo XVII. Madrid: Espasa-Calpe, 1989. Vol.23 Historia de España.
- Micó, José María. Introducción. Guzmán de Alfarache I. By Mateo Alemán. Madrid: Cátedra, 2006. 15-75.
- Molas Rivalta, Pere. Edad Moderna (1474-1808). Madrid: Espasa-Calpe, 1988. Vol. 3 of Manual de Historia de España.
- Molho, Maurice. "El pícaro de nuevo." Modern Language Notes. 100.2 (1985):199-222.
- Monteser, Frederick. The Picaresque Element in Western Literature. Alabama: U. Alabama P, 1975.
- Morán Saus, Antonio Luis, José Manuel García Lagos, y Emigdio Cano Gómez. Cancionero de estudiantes de la tuna. El cantar estudiantil, de la Edad Media al siglo XX. Salamanca: U. Salamanca, 2003.
- Moreno Báez, Enrique, y Carlos Blanco Aguinaga "Guzmán de Alfarache: la narración como ejemplo." Rico 3: 480-86.
- Moseley, William W. "Students and University life in the Spanish Golden Age." Hispania 36.3 (1953): 328-35.
- Nagy, Edward. "El pícaro y la envoltura picaresca." Hispania 45.1 (1962): 57-61.

- Palliser, David Michel. The Age of Elisabeth: England Under the Later Tudors 1547 – 1603. New York: Longman, 1983.
- Parker, Alexander A. Los pícaros en la literatura. Trans. Rodolfo Arévalo Mackry. Madrid: Gredos, 1971.
- . "Literature and Delinquent. The Picaresque Novel in Spain and Europe 1599-1753." Pellón y Rodríguez-Luis 113-58.
- Pellón, Gustavo, y Julio Rodríguez-Luis. ed. Upstarts, Wanderers or Swindlers: Anatomy of the Pícaro. Amsterdam: Rodolpi, 1986.
- Pérez Penedo, Enrique. "La evolución del traje escolar. Desde el inicio de las universidades hasta 1835, año en que se decretó su desaparición." Ponencia al Tercer Seminario Internacional del Buen Tunar. La Serena, Chile. Enero de 2004. Tuna Universitaria de Morelos, Morelos: U. Autónoma de Morelos. 6 Octubre 2008 <<http://www2.uaem.mx/tuna/index.php?option=content&task=view&id=30&catid=31&Itemid=50>>
- Pfandl, Ludwig. Cultura y costumbres del pueblo español de los siglos XVI y XVII. Madrid: Visor, 1994.
- Quevedo y Villegas, Francisco. El Buscón. Madrid: Aguilar, 1983.
- Rama, Angel. La ciudad letrada. Hanover: del Norte, 2002.
- Ramírez Santacruz, Francisco. El diagnóstico de la Humanidad por Mateo Alemán: el discurso médico del Guzmán de Alfarache. Potomac, Maryland: Scripta Humanistica, 2005.
- Rey, Alfonso."La novela picaresca y el narrador fidedigno." Hispanic Review. 47.1 (1979): 55-75.
- Rico, Francisco, ed. Historia crítica de la literatura española. 9 vols. (ea. with a supplementary volume). Barcelona: Crítica, 1980-2004.
- . La novela picaresca y el punto de vista. Barcelona: Seix-Barral, 1973.
- . "Lázaro y el escudero: técnica narrativa y visión del mundo." Rico 2: 369-73.
- Ritcher, David H. ed. The Critical Tradition. Boston: Bedford/St. Martin's, 2007.
- Rivers, Elías L. ed. Poesía lírica del Siglo de Oro. Madrid: Cátedra, 1982.
- Rodríguez Matos, Carlos Antonio. El narrador pícaro: Guzmán de Alfarache. Madison: Hispanic Seminary of Medieval Studies, 1985.
- Rodríguez-San Pedro Bezares, Luis E. Estudiantes de Salamanca. Salamanca: U. Salamanca, 2008.

- . ed. Vida, aspiraciones y fracasos de un estudiante de Salamanca. El diario de Gaspar Ramos Ortiz (1568-1569). de Gaspar Ramos Ortiz. Salamanca: U. Salamanca, 1999.
- Romero-Díaz, Nieves. "Revisiting the Culture of the Baroque: Nobility, City, and Post-Cervantine Novella." Hispanic Baroques: Reading Cultures in Context. Nashville: Vanderbilt U.P, 2005: 162-83.
- Ruiz, Juan. Libro del buen amor. Madrid: Castalia, 1965.
- Salillas, Rafael. El delincuente español. El lenguaje: (estudio filológico, psicológico y sociológico) : con dos vocabularios jergales. Madrid: Victoriano Suarez, 1896. Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes. 2000. 8 Septiembre 2008 <<http://www.cervantesvirtual.com/servlet/SirveObras/08145085499769451867857/index.htm>>
- Stamm, James R. "The Use and Types of Humor in the Picaresque Novel." Hispania. 42.4 (1959): 482-87.
- Torremocha, Margarita. La vida estudiantil en el Antiguo Régimen. Madrid: Alianza, 1998.
- Valbuena Prat, Ángel. ed. La novela picaresca española. Madrid: Aguilar, 1968.
- . Estudio preliminar. La novela picaresca española. 11-80.
- . "El Buscón de Quevedo." El Buscón. 15-20.
- Walter, Monika. "¿Existe un realismo picaresco?" Actas del VI Congreso de la Asociación Internacional de Hispanistas. Toronto, Agosto de 1977, Toronto: U. of Toronto, 1980. 773-75.
- Weiman, Robert. "Fabula and Historia: The Crisis of the 'Universal Consideration' in The Unfortunate Traveler." Representations 8 (1984): 14-29.
- White, Hayden. "The Historical Text as Literary Artifact." Richter : 1383-97.
- Wicks, Ulrich. "The Nature of Picaresque Narrative: A Modal Approach" PMLA 89.2 (1974): 240-49.
- . "Pícaro, Picaresque: The Picaresque in Literary Scholarship." Pellón y Rodríguez-Luis 23-52.
- Williams, Raymond. "From Marxism and Literature." Richter : 1272-90.
- Zahareas, Anthony N. "El género picaresco y las autobiografías criminales." La picaresca: orígenes, textos y estructuras. Actas del I Congreso Internacional sobre la Picaresca organizado por el Patronato Arcipreste de Hita. Madrid: Fundación Univ. Española, 1979. 79-111.